Juan Nicasio Gallego

# TREINTA AÑOS,

ó

# LA VIDA DE UN JUGADOR.

## DRAMA TRÁGICO

EN TRES JORNADAS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

*y representado en los teatros de Madrid en los meses de febrero y julio de este año, y en el de Barcelona en octubre del mismo.*

*CON LICENCIA.*

BARCELONA:
IMPRENTA DE JOSÉ TORNER
AÑO 1828.

5

## *PERSONAS DE LA 1.ª JORNADA.*

Mr. DE GERMANÍ, viejo enfermo, y casi moribundo.

JORGE DE GERMANÍ, su hijo, de edad de 25 años, jugador.

VÁRNER, hombre vicioso, sin profesion conocida, y (segun la espresion francesa) caballero de industria; su edad 26 años.

DERMONT, comerciante naviero, tio de Amelia, de 45 años de edad.

RODULFO, de edad de 22 años, de familia acomodada.

Un Magistrado.

Un Oficial de gendarmas.

VALENTIN, criado de la casa de Mr. de Germaní, de 30 años de edad.

Un Mozo de la casa de juego.

Uno de los banqueros de la misma.

AMELIA, huérfana rica, novia de Jorge, su edad 16 años.

LUISA, aya de Amelia, de edad de 35 años.

Criados y criadas.

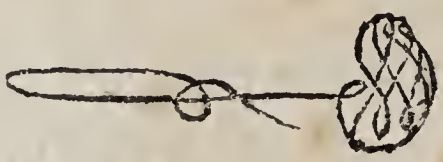
Muchos jugadores. — Convidados de ambos sexos á la boda de Jorge. — Gendarmas.

725215

La accion de la primera jornada se pasa en 1790.

*La escena es en Paris, primero en la casa de Jorge, y despues en la de Mr. de Germaní.*

*El presente drama es propiedad del impresor* Torner: *todos los ejemplares llevan su rúbrica al pie de esta nota.*



# TREINTA AÑOS,

ó

# LA VIDA DE UN JUGADOR.

## JORNADA PRIMERA.

El teatro representa varias salas bien alumbradas y en fila. En la del fondo habrá una gran mesa de juego, al rededor de la cual se verán muchos jugadores. La parte anterior de la escena estará desembarazada, sin otros muebles que banquetas y sillas. (Son las doce de la noche.)

## ESCENA PRIMERA.

(*Mucha concurrencia en las salas: entre los jugadores se advertirá gran inquietud y un continuo movimiento.*)

*Várner, Rodulfo, y despues Jorge de Germaní.*

EL BANQUERO.

Jugar, señores.... Está hecho el juego.... No se admite mas... veinticuatro, rojo, par y pasa. (*Son voces de la ruleta ó rolina.*) (*Todos los jugadores se agolpan con ansia y precipitacion á la mesa.— Várner se adelanta hácia la boca del teatro con un puñado de monedas de*

*oro haciéndolas sonar, y con porcion de papeles que se figura ser billetes del banco.)*

VÁRNER.

¡Veinte mil francos y doscientos luises en oro, cuando pocas horas ha apenas tenia cincuenta escudos! No hay nada en el mundo como el juego. Mal hice en dejarlo tan pronto. Estando de tan buena suerte debí jugar de pároli todo mi dinero.

EL BANQUERO.

Jugar, señores. (*)

RODULFO. (*que sale á la escena viniendo de una de las salas colaterales.*)

(Confúndame el cielo! Bien empleado me está!

VÁRNER. (*á parte.*)

Malo: Rodulfo ha perdido. (*alto*) Qué es eso, amigo, qué es lo que V. tiene? ¿Parece que le ha puesto á V. mal gesto la fortuna?

RODULFO.

No, señor: todo lo contrario. La fortuna me trata tan bien, que ha logrado mi total enmienda. De ocho dias á esta parte seducido por V. y arrastrado á esta infame casa, he visto, padecido y observado todas las vicisitudes del juego, y he perdido veinte mil francos. Dura ha sido la leccion, porque al fin es la tercera parte del caudal que mi buen padre juntó á fuerza de años por

---

(*) Desde el principio de la escena hasta la nota siguiente continua el juego y se oye la voz del banquero anunciando las jugadas y su resultado.

medios honrosos. Sin embargo vayan en buen hora, puesto que á ese precio he conocido los hombres de quien se debe huir, y los lugares que es preciso detestar.

VÁRNER.

Amigo, ese es el tema ordinario de todos los jugadores cuando pierden; pero asi que la suerte les hace un mimo, mudan de tono y no hay nada de lo dicho. Vamos, consuélese V. y tengamos filosofía:... yo le enseñaré á V. cierta combinacion con la cual... pero, aguarde V. que alli viene un amigo á quien deseo que V. conozca.

RODULFO.

¿No es Jorge de Germaní?

VÁRNER. (*como en confianza.*)

El mismo: aquí nos reunimos todas las noches. ¡Ese sí que es jugador intrépido! Deje V. que voy....

RODULFO.

No, no. Hágame V. favor de no pronunciar mi nombre en semejante sitio.

(*Jorge entra apresurado y limpiándose el sudor de la frente. Rodulfo se aparta un poco.*)

JORGE.

¡Gracias á Dios, que he podido llegar! A Dios, Várner: ¿que hora tenemos?

VÁRNER.

Las doce.

JORGE.

Tan tarde! ¡Buena fatalidad es por cierto! Cabalmente pensaba esta noche hacer negocio,

porque hace unas cuantas que la suerte está empeñada en perseguirme. Ya sabes que se llevó la trampa los treinta mil francos que me dió mi padre para comprar el aderezo de mi futura; y no hay remedio, necesito dinero á cualquier costa. He ido á casa de nuestro usurero, no le encontré en ella: fue preciso ir tras él hasta su casa de campo, y ya ves á que hora vengo.

VÁRNER.

¿Porqué no viniste á hablarme?—Estoy de suerte y he hecho una ganancia regular.

JORGE.

¿Soy yo adivino por ventura? Tuve que acudir á ciertas alhajas, y á pesar de la tenacidad de aquel judío despiadado, las traigo ya convertidas, como Júpiter, en lluvia de oro. (*le enseña un monton de luises.*)

VÁRNER.

Yo te hubiera armado; pero una vez que ya traes armas, anda y acomete á la fortuna con valor. Con un poco de temeridad, tengo la corazonada de que ese dinero te va á sacar de apuros.

JORGE.

¿Te parece que haga la jugada de ayer, sin embargo de que perdí en ella cien luises?

VÁRNER.

De ninguna manera.

JORGE.

Pues tú me la aconsejaste.

VÁRNER.

Sí, pero he pensado otra mas segura: espera

á que hayan salido nones; juega pasa y color, despues pares dos veces seguidas, y siempre doblando. De este modo, no hay remedio, truena la banca á los catorce golpes.

JORGE.

¡Fortuna! media hora te pido; media hora no mas, y soy el mas feliz de todos los hombres, de todos los amantes, y de todos los novios del mundo.

VÁRNER.

Sí, sí, corre, juega y gana.

JORGE.

Espérame aqui. (*Va apresuradamente al juego de una de las salas colaterales.*)

RODULFO.

¡Miserable! ¡qué desórden! Pero Várner vuelve.

VÁRNER. (*á parte, escribiendo en su libro de memorias.*)

Necesita un aderezo... Justamente he visto uno muy bueno en casa de aquella dama que se ocupa en cierto tráfico... ¡Buen pensamiento! (*Mientras cierra el billete, repara en uno de los sirvientes de la casa, que cruza el teatro.*) Mozo, escucha: lleva al momento este billete á Madama Sarabec, la del cuarto segundo.

EL CRIADO.

Ya estoy. (*vase.*)

RODULFO.

¿Que tramoya será esta?

VÁRNER. (*cerrando su cartera.*)

El negocio no es despreciable... (*á Rodulfo.*)

Vaya, sepamos porqué no ha querido V. que le presentase á mi amigo? Ha hecho V. muy mal, pues es escelente muchacho, y será riquísimo de hoy á mañana.

RODULFO.

¿Cómo?

VÁRNER.

Porque hace una gran boda, y con una criatura hermosísima.... ¡Cuando le digo á V. que es bueno para amigo!...

RODULFO.

¿Conoce V. á su familia?

VÁRNER.

¿No la he de conocer? Este chico acaba de salir del cascaron, y yo me he encargado de enseñarle á volar, de servirle de guia.

RODULFO.

Ya lo entiendo... pero dicen que su padre el anciano Germaní es un hombre de carácter severo, y de costumbres austerísimas.

VÁRNER.

Es el viejo mas regañon que se conoce; pero gracias á mis ardides el pobre hombre nos tiene por poco menos que santos. Está malísimo, sin poderse mover de una poltrona: es un retablo de dolores, y á mas de la rica herencia que tendrémos, recetamos largo contando con el dote de su muger que pillarémos mañana. Mas él por sí en nada se mezcla por lo regular; yo me entiendo con los usureros, que es gente con quien se necesita cierta tecla que no es para todos.

RODULFO. (*como conteniendo su indignacion.*)

Dice V. muy bien... ¿Supongo que la señorita estará al corriente...

VÁRNER.

Nada de eso. Es huérfana desde la edad de diez años, y se ha criado en la misma casa de Mr. de Germaní. No tiene mas parientes que un tio, por quien se espera únicamente para efectuar las bodas, y ha poco que ha vuelto de las Indias; pero como tiene ya su consentimiento, no nos da el menor cuidado. Sin embargo, milagro será que el tal matrimonio viva mucho tiempo en paz. La inocente Amelia es tan sentimental, tan apocada; Jorge tan amigo de bromas, y tan contrario á cualquiera especie de sujecion, que tengo esperanzas de que han de congeniar muy poco.

RODULFO.

Tiene V. razon de temerlo.

VÁRNER.

Temerlo? ¡que disparate! V. es un pobre hombre. ¿Si veo á su muger afligida ¿no trataré yo de consolarla?

RODULFO. (*á parte.*)

¡Que infame!

VÁRNER.

Pero se me va el tiempo en charlar, mientras Jorge está peleando como un leon por ganar con que reponer los brillantes de su querida. Voy á ver como le trata la suerte... Ah! No me

acordaba... Si vuelve V. á jugar, pruebe V. el lance que le dije, 3, 9 y 17. Hasta luego.
(*vase.*)

RODULFO.

Cielos! ¿Estaba yo loco cuando consentí en venir á esta abominable caverna? ¡Que hombre tan malvado! ¿Y qué diré de Jorge?... ¡Pobre Amelia! ¿No es un dolor verla sacrificar tan inhumanamente?—Estaba resuelto á huir de este infame sitio, y no sé que interes me detiene... (*Un estrangero de buena edad entra con cierta timidez y con el sombrero en la mano.*) Pero el que entra parece estrangero. El rostro se me enciende de vergüenza al ver caras nuevas. Mas esta no me es desconocida. ¡Gran Dios! ¿Es posible? ¿No es este el comerciante de Marsella que me acompañó en uno de mis viages, y está en correspondencia con mi familia? Nunca creí que frecuentase semejante garito. Huyamos de encontrarnos con él, y veamos como sale Jorge de su empresa.

## ESCENA II.

*Los precedentes* (*que se supone estar en las otras piezas*) *y Dermont.*

DERMONT.

Por fin me he atrevido á entrar; pero no acierto á dar paso, como que es la primera vez de mi vida que pongo los pies en semejantes casas.

UN CRIADO. (*acercándose á él.*)

Venga el sombrero, si V. gusta.

DERMONT.

Estimo la atencion de V., pero no es menester: no me incomoda.

EL CRIADO.

¿Como no es ese el estilo?...

DERMONT.

Eso es otra cosa. (*El criado toma el sombrero de Dermont, y le da una targeta.*)

Al salir le tomará V., caballero, Nº 113.

(*De pronto se alborotan los de la mesa de juego.*)

UNA MULTITUD DE VOCES CONFUSAS.

Qué es esto, señores? Poco á poco.—El juego es hecho.—No hay tal cosa.—Como que no? —Es mentira.—Silencio.—Vuelva V. el dinero.—Yo no le tengo, que es el señor.—Vaya fuera! ¿Cómo se entiende? Vaya V. noramala.

(*Echan fuera á un jugador.*)

EL BANQUERO. (*con la mayor frescura.*)

Jugar, señores. (*Se apacigua el alboroto.*)

DERMONT. (*quedándose solo en la escena.*)

¡Que casa, Dios mio! que gentes estas! ¿Y es cierto que Jorge de Germaní, el hijo de mi mejor amigo, el esposo futuro de mi sobrina venga aqui diariamente á derrochar su patrimonio y á perder su estimacion? Quiero verle y desengañarme por mis propios ojos. El medio que he elegido de no dar parte á nadie de mi venida ha sido escelente. Lo malo es que no habiéndole visto doce años ha, será imposible co-

nocerle entre esta turba de jugadores. ¿A quien preguntaré? Nunca me he visto mas cortado: no me atrevo á levantar los ojos, y estoy bañado en sudor de pies á cabeza.

(*Se descubre Várner que vuelve del foro, y al lado opuesto tres ó cuatro jugadores que observan á Dermont y hablan entre sí.*)

Voy á ver si puedo recobrarme y respirar con libertad. (*Se sienta en una silla, y se limpia el sudor con un pañuelo.*)

VÁRNER. (*á parte.*)

La traza es de ser nuevo en Paris. Será algun jugador visoño... parece sugeto decente... Le dirémos algo, á ver si da lumbre. (*Se acerca á Dermont.*)

DERMONT.

Pues, señor, no tiene remedio: es preciso vencer esta repugnancia, y entablar conversacion con cualquiera. (*Se levanta, ve que Várner le saluda, y hace lo mismo.*)

VÁRNER.

Servidor de V.

DERMONT.

Beso á V. la mano, caballero.

VÁRNER.

Me parece que está V. sofocado, y no lo estraño porque aqui hay poquísima ventilacion. Chico! (*Se acerca un criado que trae varios vasos de refresco.*)

Dispense V. mi confianza, y sírvase tomar algun refresco,

DERMONT.

Muchas gracias.

VÁRNER.

Vamos: un vaso de horchata siquiera: hágame V. ese favor.

DERMONT.

Lo estimo, pero nunca tomo nada.—(*á parte*) ¿Que hombre será este que tanto se deshace en atenciones? (*vase el criado*)

VÁRNER. (*con afectacion.*)

V. no parece de este pais.

DERMONT.

Es verdad: aqui soy mas que estrangero.

VÁRNER.

Al momento lo eché de ver. ¿Es decir que no conoce V. á ninguno de los concurrentes?

DERMONT.

Hasta ahora á lo menos no he conocido á nadie.

VÁRNER.

V. vendrá tal vez á probar fortuna?

DERMONT.

No por cierto: no era esa mi intencion.

VÁRNER.

Tiene V. muchísima razon para irse con tiento. ¡Prudencia, señor mio! que el piso de estas salas es muy resbaladizo, y no faltará quien incite á V., si huelen que tiene dinero. Gentes hay aqui que olfatean un luis de oro desde una legua... pero yo me ofrezco á servirle á V. de guia, y espero que con mis consejos no caiga en

ningun lazo de los muchos que aqui son frecuentes.

DERMONT.

¿Habla V. de veras?

VÁRNER.

Lo digo con la mayor sinceridad: desde que le ví á V. le he cobrado aficion y... ¿qué juego le gusta á V. mas? el creps, ó la rolina? Por lo que á mí toca prefiero el 30 y 40. Los lances se renuevan tan á menudo, que un jugador atento....

DERMONT. (*con vehemencia.*)

Señor mio: sepa V. que yo no vengo aqui á tomar semejantes lecciones, y que tengo por cosa indigna, infame, detestable...

(*aqui suena gran tumulto en una de las salas colaterales: se oyen gritos y voces confusas.*)

MUCHAS VOCES Á UN TIEMPO.

Detenerle! ese hombre está frenético.—¿No hay quien le detenga?

DERMONT.

¡Santo Dios! ¿qué viene á ser esto?

(*Salen multitud de jugadores, y en medio Jorge dando empellones á todos lados y echando á rodar cuanto se le presenta. Algunos traen en las manos palas de las que se usan en la rolina; y se ven tremolar por encima de las cabezas.*)

JORGE. (*furioso.*)

Dejadme, nadie me contenga, que quiero hacer astillas estos execrables instrumentos.

RODULFO. (*tomándole de un brazo y acercándole á la escena.*)

¿Que locura es esa? Sosiégate por Dios. ¿Estás en tu juicio?

VÁRNER. (*va hácia él y le agarra del otro brazo.*)

¡Vive Dios, que es Jorge!

DERMONT. (*aparte.*)

Jorge! Justo cielo! Él es, no hay la menor duda. (*Todos los jugadores dejan el juego, se ponen en pie y se ponen á mirar y oir lo que pasa* *)

VÁRNER.

Qué ha sucedido? ¿Has pillado á algun bribon con dados falsos?

JORGE.

No. He perdido hasta el último maravedí.

VÁRNER.

Cierto que es gran contratiempo; pero, hombre, no por eso hay razon.....

JORGE.

Todo lo he perdido: todo absolutamente: el dinero que traje, los veinte mil francos que me diste, y sesenta mil más sobre mi palabra... Y qué? ¿No hará el infierno que se hundan sobre mí estas paredes? ¿No veré yo sepultarse en los abismos esas ruedas, esos tapetes, esos malditos

---

(*) Ahora es cuando cesa el juego en el salon del foro, cuyas puertas cierra un mozo de la casa.

instrumentos del demonio? ¿Soy el hombre mas infame del mundo!

DERMONT.

¡Que delirio tan horroroso!

RODULFO.

Recóbrese V.; vuelva en sí.

DERMONT. (*mirando á Rodulfo.*)

Este jóven.....

RODULFO. (*observando á Dermont.*)

No hay duda, me ha visto.

VÁRNER.

Ea! basta ya de estremos. Confieso que te he tenido por otro hombre, y no creí que por un centenar de miles de francos te desesperases hasta el punto de perder la chabeta.

JORGE.

No! Esto es de cólera contra la obstinacion de la suerte. ¿Es posible haber perdido el rojo doce veces consecutivas! Iba á jugar una martingala siempre doblando: divido mis fondos, hago mis doce montones. Es de advertir que el noveno golpe nunca lo habia perdido, nunca. Cosa mas inaudita!... Juego el décimo y pierdo: no me sentó bien; pero en fin, resignado, y bastante tranquilo, hago mi jugada. Sale el negro: apodérase de mí un temblor frio como el carámbano; clavo las uñas en el pecho, y las saco ensangrentadas. Sin embargo disimulo cuanto puedo, y con la mano yerta y una sonrisa como la de la muerte al oir el último suspiro de su víctima, alargo en varias veces la postrera su-

ma, llenando de oro la mitad de la mesa. Los jugadores la devoraban con los ojos; levántase cierto susurro, hiélaseme la sangre al ver dar vueltas á la rueda, la suerte se decide, una espesa nube empaña mi vista, y mi oro desaparece. Despierto de pronto como un relámpago, y con la violencia del rayo me levanto y hago trizas cuanto se me pone por delante.

RODULFO.

Crea V. que esta leccion terrible es un aviso del cielo. Sígala V. y renuncie para siempre...

JORGE.

¿Qué es lo que V. dice? ¿Yo renunciar? Yo ceder á la suerte porque esta vez ha logrado abatirme? No, señor. Yo sabré dominarla; y si poniendo mas atencion en la marcha del juego, hubiese seguido oportunamente el color contrario, tendria ganado un millon á estas horas.

VÁRNER.

¿Quien lo duda? Los hubieras desbancado lo menos cuatro veces.

JORGE.

Calla; nada me digas. Este golpe fatal que da conmigo en tierra, tú, tú me lo aconsejaste.

VÁRNER.

¿Te aconsejé yo que jugases con tanta imprudencia, que te emperrases como un chiquillo en vencer la mala suerte tan declarada contra tí? Y sobre todo ¿no se llevó el diablo mi dinero con el tuyo?

JORGE.

Tú nada has perdido: ahí tienes mi firma.

VARNER.

Yo no quiero firmas: soy tu amigo, y mañana serás poderoso.

DERMONT.

Mañana!...

JORGE.

Mañana estará deshecho mi casamiento.

(*Al fin de este diálogo los jugadores se esparcirán en grupos por las salas hablando unos con otros y desaparecerán poco á poco.*)

VÁRNER (*á él solo en tono algo mas bajo.*)

Porque? por un aderezo? Si no es mas que eso lo que te apura, yo puedo proporcionártelo muy pronto.

JORGE.

Tú?

VÁRNER.

Yo.

JORGE.

Cuando?

VÁRNER.

Ahora mismo.

JORGE.

Donde?

VÁRNER.

Aqui: sin salir de esta casa.

JORGE.

De veras? Ay, querido Várner! Serias mi ángel tutelar. Te daria cinco, diez, veinte veces su importe.

VÁRNER. ( *aparte.*)

Ya es mio.

JORGE.

Pero ¿donde está ese tesoro?

RODULFO. (*mirando siempre á Delmont.*)

¡Como me observa!

VÁRNER.

Aqui en el cuarto segundo vive una señora de forma y muy reservada, que tiene cierto tráfico utilísimo á los jugadores maltratados por la suerte.—Suele hallarse á veces con alhajas de gran valor: es amiga mia, y tengo crédito con ella. Hoy mismo he visto casualmente en su casa un aderezo de brillantes magnífico, y no seria difícil....

DERMONT. (*que lo escucha.*)

Qué bribones!

JORGE.

Es posible? vamos, vamos corriendo allá, querido amigo. Ah! ninguno tengo mas fino, mas verdadero que tú.

RODULFO.

Por Dios, señor de Germaní, oigame V. dos palabras.

JORGE.

Déjeme V. en paz con sus importunidades.... Vamos, Várner. (*Salen y Rodulfo los sigue un momento.*

## ESCENA III.

DERMONT *solo, y despues Rodulfo.*

Yo estoy consternado, y no sé lo que me pasa. ¿Es este Jorge de Germaní, aquel jóven de quien tantas esperanzas se concebian?... ¡y un jugador sin honor ni vergüenza iba á ser mañana esposo de mi sobrina Amelia! Ah! Doy mil gracias al cielo por haber llegado á tiempo de impedirlo... Sí: no nos detengamos un instante.

RODULFO. (*entrando apresurado.*)

No me conoce V., señor Dermont? Veo que está V. perplejo, teniendo por imposible que el hijo de un hombre de bien, de un comerciante estimable se encuentre en esta casa; pero no me condene V. sin oirme, y sobre todo no diga V. á mi padre donde me ha visto.

DERMONT.

¿V. es Rodulfo Dericourt?

RODULFO.

El mismo. Quise esconderme de V., pero algunas espresiones que le oí durante la odiosa escena que acabamos de presenciar, y sobre todo el aire de confusion y cortedad que he notado en V., no me dejan duda de que acaso es hoy la primera vez que pone los pies en esta casa.

DERMONT.

Tiene V. razon.

RODULFO.

Mayor imprudencia ha sido la mia, pues de-

jo aqui una parte no pequeña de mi patrimonio. Felizmente conservo mi honor, y tengo hecha firme resolucion de no volver á pisar estas salas. Mi error no ha sido mas que momentáneo, y espero que V. tendrá la generosidad de olvidarle, aunque solo sea por el importante aviso que le voy á dar. Sepa V. que aqui mismo, no hace seis minutos, se fraguaban proyectos infames contra su bolsillo. Créame V., y puesto que tiene la fortuna de no ser jugador, huya cuanto antes de esta casa.

DERMONT.

Estimo infinito la advertencia de V.; y por grande que sea la falta que ha cometido, harto perdonable en sus pocos años, su resolucion de V. y el aviso que me ha dado le aseguran para siempre mi aprecio. La confianza que ha hecho V. de mí le hace acreedor á la mia. No soy jugador, no señor: mi venida aqui nace de motivos laudables que voy á referir á V.; pero salgamos primero de este lugar impuro, que no debe ser testigo de los desahogos de un hombre honrado.

RODULFO.

¡Ah, señor!

DERMONT.

No hay que detenernos. (*Rumor dentro.*) (*Al ir á salir aparecen varios soldados, que se apoderan de las puertas, acorralando en la sala del foro á los jugadores que se supone estaban en las colaterales. Dermont y Rodul-*

*fo vuelven hácia atrás, á la voz del Oficial.)*

DERMONT.

¡Cielos! ¿qué es esto?

## ESCENA IV.

*Los precedentes, un Oficial de gendarmes, y varios soldados de la misma arma.*

EL OFICIAL.

No hay que dejar salir á nadie sin que antes se dé á conocer por medio de su carta de seguridad. (*á Dermont y Rodulfo*) Atrás, señores.

RODULFO.

¿Cómo?

DERMONT.

¿Porque trata V. de impedir.....

(*Van desfilando los jugadores por entre los soldados despues de manifestar sus papeles.*)

EL OFICIAL.

Mi obligacion es cumplir las órdenes de que estoy encargado. Presenten VV. sus documentos, y si estan corrientes se irán cuando gusten.

DERMONT.

Y qué? ¿Tendré que pasar la afrenta de declarar mi nombre y circunstancias en sitio semejante?...

EL OFICIAL.

No hay arbitrio. Á eso se expone el que lo frecuenta.

DERMONT.

Pues, señor, ¿á que fin una violencia tan inaudita?

EL OFICIAL.

Se lo diré á V. En estas inmediaciones se ha hecho un robo de brillantes de mucho precio, y se sospecha que los han traido á esta casa.

DERMONT.

¿Y V. se atreve á suponer?... Yo soy un forastero...

RODULFO.

Baste ya, señores. Por bochornoso que me sea darme á conocer en este lugar, aqui está el documento. (*lo mira el Oficial*) Mi nombre es Rodulfo Dericourt, y salgo fiador de este caballero.

DERMONT.

Mil gracias, amigo. Bien lo puede V. hacer con toda seguridad.

EL OFICIAL.

¿V. fia al señor, á pesar de ser forastero?

RODULFO.

Yo le afirmo á V.....

EL OFICIAL. (*á Rodulfo.*)

Cual es su nombre?

DERMONT.

Me llamo Dermont: soy comerciante, tengo mi casa en Marsella, y he llegado á Paris esta misma noche. ¿Quiere V. mas?

EL OFICIAL.

Con eso basta, siempre que V. lo acredite. Hasta tanto me veo en la necesidad de llevarle á V. ante un magistrado.

DERMONT.

¿A mí? ¡Santos cielos!

RODULFO.

Pero, señor, hágase V. cargo.....

(*Un Sargento se acerca al Oficial y le entrega un papel.*)

EL OFICIAL. (*lo lee.*)

¡Ola! ¿Cuatro personas arrestadas?

(*Se ven en efecto cuatro sugetos presos entre los gendarmes.*)

(*á Dermont.*) Caballero, tenga V. la bondad de seguirme.

DERMONT.

Yo!... ¡Ah, infeliz Amelia! Mal podré llegar á tiempo de desengañarte!

RODULFO. (*corriendo hácia él.*)

Amelia? ¡Gran Dios! ¿Es V. quizá....

DERMONT.

Su tio, su tutor, que aspiro á salvarla del peligro á que está espuesta.

RODULFO.

Ya estoy: decidme que he de hacer.

DERMONT.

Estas son las señales de mi posada, y la llave de mi cuarto; corred por Dios y traed la cartera con mis papeles.

RODULFO.

Pronto vuelvo.

EL OFICIAL.

Vamos..... (*Salen todos.*)

*Múdase el teatro, y representa una sala con vistas al jardin. Hay varias sillas y entre ellas un sillon destinado al Sr. Germaní, y mesas á uno y otro lado. (Son las 10 de la mañana.)*

## ESCENA V.

*Valentin, Luisa, dos Criadas y despues Amelia.*

(*Las criadas traen un velo, unos guantes, y los ramos de azahar que deben servir para la novia. Luisa les sale al encuentro, y Valentin aparece á una puerta del costado.*)

LUISA. (*mirando las flores.*)

Muy bien! Todo es precioso. Dejadlo aqui.— ¿Ola? Valentin, ahí está V.? ¿Como sigue el Sr. Germaní?

VALENTIN.

Qué sé yo? El médico, que acaba de salir, no ponia muy buena cara. Quiere hablar á su hijo, y aunque le he ido á buscar tres veces, no le hemos visto el pelo. Harto será que el amo no se alborote al ver su tardanza; yo lo estoy temiendo.

LUISA.

No es V. el único á quien da que temer la conducta de D. Jorge; pero ya no es ocasion de pararse en nada. Cerrar los ojos y se acabó. Ya lo vé V. (*señalando á las galas*) antes de dos horas estarán casados.

VALENTIN.

Pero ¿qué hay de nuevo, Dª Luisa? ¿Ha sabido V. algo?

LUISA.

Estoy cierta de que tampoco anoche durmió

en casa, ó eran mas de las tres de la mañana cuando vino á ella.

VALENTIN.

¿Es creible? Si mi amo lo llegara á traslucir... y la señorita lo ha sabido?

LUISA.

No por cierto. Sin embargo la he visto enjugarse las lágrimas, y sospecho que tiene ya los mismos recelos que yo, á lo menos con respecto á ese Várner, que le tiene sorbido el seso á D. Jorge. En orden á si es jugador ó no ¡Dios me libre de insinuarla la cosa mas leve!

VALENTIN.

Y sobre todo delante del viejo. Estoy seguro de que si lo llegara á entender, se quedaba muerto de repente.

LUISA.

Por eso lo digo. ¡El infeliz está ya para tan poco!... Mas silencio, que viene Amelia. Ademas puede suceder que estemos engañados ¿quien sabe?

VALENTIN.

Hasta luego. (*vase por el foro.*)

AMELIA. (*entra por uno de los lados.*)

¡Jesus! Luisa! ¡qué martirio! Deseando estaba salir un momento de entre las gentes. El ruido, los cumplimientos, el calor... es cosa de no poder uno respirar...

LUISA.

No lo estraño, señorita; y más cuando contribuye tambien la conmocion y los recelos que

deben sentirse en momentos tan críticos.

AMELIA.

¿Los recelos?... ¿Qué es lo que quieres dar á entender?

LUISA.

Nada que pueda causar á V. la menor inquietud. Ah! si el cielo es justo, debe V. ser muy feliz, y no hay nadie en el mundo que lo desee mas de veras que yo.

AMELIA.

Ya sé cuanto me quieres. (*un poco remisa*) Por eso no tengo secretos contigo.

LUISA.

Sin embargo, señorita, suele V. ocultarme sus lágrimas.

AMELIA.

¡Tambien estás tú llorando!

LUISA. (*queriendo disimular.*)

Yo! No por cierto.

AMELIA.

Dime la verdad: ¿no descubres en mi boda ciertas circunstancias que no presagian nada bueno? Mi tio, el único pariente que me queda, y á quien yo esperaba con tanta impaciencia, me abandona y no ha parecido. Por otra parte, oigo decir que el buen anciano á quien debo mi educacion está en sumo riesgo. Mira qué ocasion para una solemnidad de tanta trascendencia. El primer testigo de mis desposorios será Várner.... y, la verdad, no puedo esplicarte la aversion con que miro á ese hombre, y la especie de hor-

ror que me inspira. La audacia de sus miradas te aseguro que me causa una impresion tan repugnante.....

LUISA.

Y qué? faltan acaso otros amigos? ¿No están aqui los demas?

AMELIA.

Sí, pero Jorge le prefiere á todo el mundo. ¿Creerás que apenas me ha dirigido cuatro palabras esta mañana? Por otra parte ¿no has advertido en él cierta inquietud, cierta agitacion estraña? Te aseguro que mi corazon no está nada tranquilo.

LUISA.

Vamos, señorita; eso es atormentarse sin motivo. Es verdad que yo tambien... Pero gente suena: si vendrán á buscar á V.?

AMELIA.

¿Tan pronto?

LUISA.

Bueno será que acabe V. de vestirse.

AMELIA.

Aguarda: me parece qué es el Sr. Germaní.

LUISA.

No hay duda. ¡Pobre señor! No puede tenerse en pie. (*á las criadas.*) Niñas, llévense VV. de aqui estos adornos. (*Las criadas entran, y se llevan el velo, ramilletes, &c. Al mismo tiempo sale de su cuarto Germaní el viejo sostenido por dos criados. Jorge se deja ver por el foro como que viene del jardin. Amelia y Luisa se adelantan hácia el enfermo.*)

## ESCENA VI.

*Amelia, Germaní, Luisa, Jorge y criados.*

AMELIA.

¡Padre mio! (*Amelia y Luisa sostienen á Germaní, y le llevan al sillon. El viejo abraza á su nuera y la mira con ternura.*)

GERMANÍ.

¿Donde está mi hijo, que le he mandado llamar muchas veces, y aun no se ha dejado ver?

AMELIA.

Ahora mismo vendrá. Como hay tantas gentes.....

LUISA.

Ahí está ya, señora. (*á Jorge*) Ande V. ligero...

JORGE. (*aparte.*)

Várner no ha parecido aun; si traerá el fatal aderezo?... (*saludando á su padre.*) Estoy á las órdenes de V., padre mio. (*á Amelia.*) Amelia, allá te echa menos todo el mundo, y preguntan por tí á cada paso.

GERMANÍ. (*agarrándola del brazo.*)

Dejadme gozar un momento de la presencia de mi hija, ya que no me es posible conducirla al altar como quisiera, que no es poco desconsuelo para mi corazon. Pero me parece, hijo, que Amelia no tiene puestos todos sus adornos. Si habrás olvidado lo mas principal?...

JORGE.

No, señor; pero han ocurrido tantas cosas á

que atender... (*aparte*) ¡Várner no viene! (*alto*) Como habia tanto que prevenir, no ha sobrado el tiempo. (*Várner se deja ver en el foro.*) Ya está aqui, (*por lo bajo á Várner*) ¿Qué tenemos? ¿Vienen los brillantes?

## ESCENA VII.

*Los dichos, y Várner.*

VÁRNER. (*por lo bajo.*)

Sí, (*Se adelanta hácia Amelia.*) Preciosa Amelia, y VV. todos, sírvanse disimular mi poca puntualidad, pues ya sé que nadie falta sino yo; (*saca una caja del bolsillo*) pero habia ofrecido á mi amigo una cosa que esperaba impaciente, y no me ha sido posible venir mas á tiempo. (*da la caja á Jorge.*)

JORGE.

Te estoy muy agradecido, Várner.

GERMANÍ.

Y yo doy á V. las gracias en nombre de mi hijo.

(*Várner le saluda y se coloca al lado de Jorge.*)

JORGE. (*presentando la caja con aire de satisfaccion.*)

Querida Amelia, dígnate de aumentar con el brillo de estos diamantes las gracias con que te ha dotado el cielo.

AMELIA.

Cómo? ¿Un aderezo tan precioso?

JORGE.

Es una leve muestra de mi cariño.

VÁRNER. (*aparte.*)

¡ Pero qué caro nos cuesta!

GERMANÍ. (*aparte.*)

Mis temores eran infundados.

AMELIA. (*enseñando el estuche.*)

Mírele V. padre : es hermosísimo.

GERMANÍ.

Jorge ha tenido buena eleccion. Es lo que yo deseaba.

VÁRNER. (*á Jorge.*)

Mira que para la noche he ofrecido á cuenta veinte mil francos.

JORGE.

No te haran falta.

AMELIA.

Querido Jorge, voy á ponerme en un momento los regalos que debo á tu fineza.

VÁRNER. (*alargando la mano.*)

Permítame V., señora.....

AMELIA (*desviándose sin afectacion.*)

Gracias.

GERMANÍ.

Quisiera hablarte dos palabras, hijo.

JORGE.

Con mucho gusto, padre. (*á Amelia.*) No tardes... (*á Várner por lo bajo.*) Déjanos: que ya será este el último sermon.

(*Váse Várner por el foro, y Amelia y Luisa por un lado.*)

## ESCENA VIII.

*Germaní, Jorge.*

GERMANÍ.

Hijo mio, vas á sacudir el yugo de la autoridad paterna, y llega el caso de que puedas disponer de tus bienes á tu albedrío. Mira, Jorge, que esa independencia tan deseada te espone á mil peligros por tu funesta propension al juego, vicio abominable, que desde la niñez ha sido la causa de todos tus estravíos... Pero me has jurado que para siempre detestarias tan odiosa pasion; creo en la sinceridad de tu promesa, y espero que sabrás cumplirla.

JORGE.

¿Qué desconfianza es esa, Señor? No tema V. que falte á mi palabra: estoy pronto á renovar mis juramentos. Protesto nuevamente.....

GERMANÍ. (*con gravedad y vehemencia.*)

Basta. El cielo sabe lo que pasa en tu corazon, y al cielo serás responsable de la suerte de Amelia. Pero si solo tratas de alucinarme; si arrastrado de nuevo por esa infame pasion, no temes deshonrarte con el nombre de jugador, bien sé que el cielo me perdonará el sacrificio de la muger mas amable del mundo pues lo hice confiado en tus juramentos: pero mira que sobre tí van á caer cuantos castigos son consiguientes á semejante vicio, el menosprecio, la deshonra, la miseria y el crímen. Solo pido á Dios que la lo-

sa del sepulcro me evite el horror de presenciarlo.

JORGE.

¡Válgame Dios, padre! ¿Es ocasion esta de unos vaticinios tan.....

GERMANÍ.

Sí, porque en este instante se va á decidir tu destino.

JORGE.

Por Dios, Señor, que vienen las gentes.

GERMANÍ.

Vamos; tranquilízate y dame un abrazo en prenda de tu sinceridad.

(*En este momento Várner y todos los convidados llegan de hácia el jardin; Amelia y sus criadas vienen de su cuarto, la primera con el aderezo puesto, y el gran velo blanco y las flores, que es el trage de todas las novias en Francia.*)

## ESCENA IX.

*Los dichos, Valentin y la comitiva.*

VALENTIN. (*á Jorge.*)

Señor, ya están los coches listos.

GERMANÍ.

Id pues, hijos mios: mi corazon os acompaña y mis deseos de vuestra felicidad.

(*Amelia se arrodilla delante de Germaní; este la levanta y la abraza, y todos salen para ir á la iglesia.*)

## ESCENA X.

GERMANÍ, VALENTIN.

¿Quiere V. volverse á su cuarto?

GERMANÍ.

No: en esta sala esperaré á que vuelvan... ¡tengo tan conmovido el corazon, tan arrasados de lágrimas los ojos!... ¿Gozaré la dicha de ver justificadas las esperanzas en que se ha fundado este enlace? En fin ya no juega; me lo ha jurado, y lo mismo ha hecho su amigo Várner. De todos modos ya la suerte está echada; quizá en este mismo instante estarán pronunciando la sagrada promesa... ¡Qué dolor es para mí no poder hallarme á su lado! Pero á lo menos... Sí... Valentin.

VALENTIN.

Señor.

GERMANÍ.

Ve corriendo á la iglesia, que quiero desde aqui asistir del modo posible á la augusta ceremonia. Cuando llegue el instante crítico ven á anunciármelo, para que pueda unir mis bendiciones con las del sacerdote, y pedir las suyas al cielo.

VALENTIN.

Está bien. (*vase.*)

GERMANÍ.

Yo no sé qué especie de inquietud, qué presentimiento me sobresalta. Estoy como pesaroso

de haber... (*Rodulfo comparece viniendo del jardin, y como buscando á alguno para que anuncie su llegada.*)

## ESCENA XI.

*Germaní, Rodulfo.*

GERMANÍ. (*reparando en él.*)

¿Quien es? Quien se acerca?

RODULFO.

Perdone V., caballero: ¿Es V. el Sr. Germaní?

GERMANÍ.

Servidor de V.

RODULFO.

Pues, señor; yo me llamo Rodulfo Dericourt: y vengo de parte de su amigo de V., el señor Dermont...

GERMANÍ.

Cómo? Ha llegado Dermont? Donde está?

RODULFO. (*dándole un papel.*)

Esta esquela enterará á V. del objeto de mi venida.

GERMANÍ. (*aparte.*)

¿Qué misterio es este? (*abre la esquela y lee:*) »Amigo mio: aunque he llegado anoche, el doloroso secreto que he logrado descubrir en tiempo tan corto" (*aparte*) ¿qué será esto? »me obliga á mudar de resolucion en orden al enlace de mi sobrina." ¡Estoy en ascuas! »Suplico pues á V. que todo lo suspenda hasta que nos veamos, que

será muy pronto. Escribo de prisa estas cuatro letras, por no tener tiempo para mas. Dermont." Dios mio! ¿Cual puede ser el motivo de esta mudanza tan repentina? ¿Lo sabe V., caballero? Tiemblo al haceros esta pregunta, pero es el caso que ya están en la iglesia, y tal vez ligados con lazos indisolubles.

RODULFO.

¡Qué dice V.!

GÉRMANÍ. (*procurando levantarse.*)

Sin embargo... Si fuera posible llegar á tiempo...

RODULFO.

No, no se incomode V. Estando en tal estado las cosas, fuera una campanada.....

VALENTIN. (*corriendo.*)

Señor, señor.

GÉRMANÍ.

¡Santos cielos!

VALENTIN.

Ya están casados... ¡Qué ceremonia tan tierna, tan solemne! (*sale Dermont.*)

RODULFO.

Amigo Dermont!

(*Rodulfo corre hacia Dermont. Valentin sostiene á Germaní, y le vuelve á sentar en el sillon.*)

## ESCENA XII.

*Germaní, Dermont, Rodulfo, Valentin.*

RODULFO. (*por lo bajo á Dermont.*)

Llegué tarde: ya están casados: disimule V.

GERMANÍ. (*tendiendo los brazos.*)

Dermont!

DERMONT. (*corriendo á abrazarle.*)

Querido amigo!

GERMANÍ.

¿Y esta carta?

DERMONT.

No es nada. Todo se acabó.

GERMANÍ.

No, no, de ninguna manera. Quiero que me lo cuente V. todo.

DERMONT.

Mucho lo siento; pero una vez que V. me pone en la precision de esplicarme, sepa V. que anoche en una infame casa de juego.....

GERMANÍ.

¿Qué sucedió? Acabe V... (*Rumor que anuncia la llegada de los novios y su comitiva.*)

## ESCENA XIII.

*Los dichos, Jorge, Amelia, Luisa, Várner y convidados.*

AMELIA. (*arrojándose en los brazos de Dermont.*)

¡Ay, querido tio! Solo esto faltaba á mi felicidad.

JORGE. (*aparte.*)

¿Qué veo?

VÁRNER. (*aparte.*)

¿No es este el forastero de anoche?

JORGE. (*á Várner.*)

¡Oyes ¿no es este el que estuvo...

VÁRNER.

Sí: calla.

JORGE.

¡Y Rodulfo tambien!

VÁRNER.

Yo no le he convidado.

JORGE.

Si nos habrán vendido!...

AMELIA. (*mirando á Jorge, á Germaní y á Dermont.*)

Pero qué es esto, Señores? ¡Bájan VV. la vista, y están como mudos! Jorge, aquí tienes á mi tio.

JORGE.

Efectivamente voy recordando las facciones del señor. Siento infinito que no haya llegado á tiempo de presenciar nuestra fiel promesa.

GERMANÍ.

¿Quien sabe si deberás agradecerle su tardanza?

VÁRNER. (*aparte.*)

¡Si lo habrá contado!

GERMANÍ.

Hazme el gusto de retirarte un momento, hija mia.

AMELIA.

Yo?...

DERMONT y RODULFO. (*á Germaní.*)

¿Qué es lo que va V. á hacer?

GERMANÍ.

Retírate, que tengo que hablar con Jorge.

JORGE.

Estáte quieta, Amelia: yo te prohibo que te muevas de aqui, y tu obligacion es obedecerme. Es ocioso emplear misterios ni rodeos para ocultar el ultraje que se me quiere hacer, y demasiado conozco de quien procede esta alevosía. El señor (*señalando á Rodulfo*) es el autor de todo: sí, V. me dará satisfaccion de esta infame bajeza.

RODULFO.

Yo?

AMELIA.

Cielos!

GERMANÍ.

Temerario!...

DERMONT.

No tiene V. que insultar á nadie, que yo solo he sido.

JORGE.

V. no se hubiera atrevido á hacerlo: habiendo estado anoche en mi compañía, se hubiera creido obligado á callar.

TODOS.

¡Anoche en su compañía!

VALENTIN. (*de prisa y asustado.*)

Señor, señor: ahí está un juez, que quiere entrar, diciendo que tiene que hablar á V. ahora mismo.

JORGE.

¿Un juez?

GERMANÍ.

¿Que quiere hablarme?

RODULFO.

¿Que enredo será este?

VÁRNER. (*aparte.*)

Malo! Si es el cuento de los brillantes, perdidos somos.

DERMONT.

¡Cielos! Si será lo que imagino? (*á Germaní.*) Si quiere V. salvar el honor de su casa, disponga que se retiren las gentes.

(*Los criados á una seña de su amo van hácia el jardin; y al paso que se presentan los nuevos personages, se van retirando los de la comitiva.*)

## ESCENA XIV.

*Los precedentes, un magistrado, y dos ministros de justicia.*

EL MAGISTRADO. (*á Germaní.*)

Me es muy sensible, Señor mio, haber de interrumpir la funcion que VV. celebran con tan laudable causa; pero asi lo exigen los deberes de mi estado. Haga V. que todos los estraños salgan á fuera.

GERMANÍ.

Los presentes son todos de casa: hable V. sin reparo.

EL MAGISTRADO.

Asi lo haré. (*á Jorge*) ¿Su nombre de V. no es Jorge de Germaní?

JORGE.

Sí, señor.

EL MAGISTRADO.

El hecho es que se ha cometido un robo en la vecindad de cierta casa vigilada por la justicia. Las declaraciones de varias personas presas señalan á V. por uno de los que la frecuentan habitualmente, añadiendo que en la misma casa recibió V. de mano de cierta muger sospechosa un aderezo de brillantes, que debió V. presumir que no era suyo.

AMELIA. (*á Jorge.*)

¿Será acaso.....

JORGE.

Silencio.

GERMANÍ.

¿Es eso cierto? ¡Infeliz! ¡Ya estás publicamente designado por un vil jugador, y mi nombre cubierto de infamia! Desmiente esa imputacion, ó renuncia á llamarte hijo mio.

EL MAGISTRADO.

El señor no podrá negar unos hechos tan justificados.

JORGE.

No los niego: y porqué? ¿No soy dueño de mis acciones? ¿No me es permitido comprar cualquiera alhaja que me agrade? Y si el que la vende la ha adquirido por medios ilícitos, ¿me toca á mí averiguarlo?

VÁRNER. (*á Jorge.*)

Firme!

JORGE.

En suma ¿qué es lo que V. desea?

EL MAGISTRADO.

Ya V. lo supondrá. Es indispensable tomar á V. una formal declaracion del hecho, á cuyo fin se servirá venir conmigo.

JORGE.

Yo?

AMELIA.

¡Dios mio!

GERMANÍ.

¡Qué ignominia! ¡Comparecer ante un tribunal rodeado de gentes tan infames! ¡Ah, señor! Compadézcase V.

AMELIA.

Por Dios, señor: dígnese V. de librar á mi esposo de semejante vilipendio, y considere la afliccion de su padre, que está en sumo peligro. Suplico á V. le evite un golpe que le daria la muerte.

EL MAGISTRADO.

Los ruegos de V., señora, las lágrimas de un anciano y la santidad de los lazos que V. acaba de contraer, me fuerzan á desistir en esta parte. Pero es preciso que su esposo de V. ponga en mis manos inmediatamente... Qué veo? ¡Gran Dios! Esos brillantes de que V. se halla adornada...

AMELIA.

¡Qué vergüenza!

JORGE. (*queriéndosela llevar.*)

Ven, Amelia.

EL MAGISTRADO.

Deténgase V., señora. Reconozco muy bien por las señas ese aderezo: los brillantes que trae V. son robados.

AMELIA.

¡Dios mio! (*Se quita el collar, brazaletes &c. y los tira sobre una mesa.*)

VÁRNER. (*apretando la mano á Jorge.*)

¡Cuidado con no nombrarme!

AMELIA. (*fuera de sí.*)

Ahí están! ¡Cielo santo! socorredme: libradme de esta infamia!

DERMONT. (*yendo hácia ella y recibiéndola en sus brazos.*)

¡Hija mia!

GERMANÍ.

Luz aborrecible!... Dia de maldicion! Yo no puedo mas!

AMELIA, LUISA *y* RODULFO.

¡Ay! corramos.

(*Se precipitan al rededor de Germaní, que se desmaya en sus brazos. Tambien acuden varios criados en su socorro.*)

DERMONT.

Ya ve V., señor mio, en cuan grave riesgo se encuentra la vida de ese respetable anciano. Este jóven ha cometido una imprudencia, mas no creo que V. le acuse de robo alguno. En tal suposicion sírvase V. consentir que no le siga por ahora: yo respondo por él, de que se presente á la justicia cuando fuere necesario.

EL MAGISTRADO.

Con semejante seguridad, dada por un sugeto como V., me atrevo á suponer que el tribunal se dará por satisfecho, y consentirá en suspender por este momento las informaciones en que el señor debe intervenir. (*á los ministros*) Retiraos. (*hace una cortesía y se va con ellos.*) *Várner se va igualmente: al mismo tiempo se llevan á Germaní desmayado á su cuarto: Amelia y Luisa le acompañan.*

## ESCENA XV.

*Dermont, Jorge, y al fin Amelia, Luisa, Germaní y todos los de casa.*

DERMONT.

Hasta aqui he podido guardar silencio, obligado del dolor y la consideracion debida á un padre agobiado con el peso de la ignominia de un hijo indigno.

JORGE. (*furioso.*)

¡Señor!

DERMONT.

Escúcheme V. Por desgracia mia tengo derecho á mandárselo, y no debe V. esperar que despues del escándalo vergonzoso y de las terribles resultas á que ha dado ocasion su conducta desarreglada, pueda yo consentir en dejar á V. árbitro de la suerte de mi infeliz sobrina. No: este matrimonio, que no tuve tiempo de evitar;

esta odiosa alianza, de cuya responsabilidad me alcanzaria no poca parte, no es posible que subsista. No, señor; la hija de mi hermano nunca será víctima de los desórdenes de V.: mi obligacion es protegerla, librarla del abismo en que quisiera sumergirla, y sabré salvarla haciendo anular el casamiento.

JORGE.

¿Qué es eso de anularle? La vida le hubiera costado á V. esa sola palabra, si no le sirviera de escudo el parentesco que tiene con esa Amelia de quien soy esposo y dueño, á pesar de todo el mundo. Y qué? ¿para eso me rondaba V. los pasos? ¿Para ser mi delator? ¿Con qué derecho se atreve V. á vigilar mi conducta, á arreglar mis operaciones, y á esclavizar mi voluntad? Sepa V. que al presente soy libre, que la ley entrega mis bienes á mi albedrío, y que estoy en mi casa, de la cual echaré ignominiosamente á quien trate de ultrajarme.

DERMONT.

Ingrato! cuando no tengo otra intencion que impedir.....

JORGE.

Yo no veo sino una osadía intolerable...

DERMONT.

Sobre todo me encuentro en casa de un amigo, y repito que mi sobrina no estará jamas á la merced de ningun jugador.

JORGE.

Eso es ya apurar mi cólera; y si V. no sale

de aqui inmediatamente, ¡vive Dios! que he de hacer un desatino!

AMELIA. (*saliendo apresurada y congojosa.*)

Detente. ¿Qué vas á hacer?

DERMONT. (*corriendo hácia ella.*)

Amelia?

AMELIA.

¡Silencio por amor de Dios! Calmad esa furia; cesen esos gritos espantosos. Tu padre ha vuelto en sí, y está en ese cuarto. Ya sabes cuán temible es, cuan peligrosa en su actual estado la conmocion mas ligera. Si te oye gritar, volverá á irritarse, y con la fuerza del enojo se va á quedar muerto de repente.

DERMONT.

Ya lo ves, desventurado: acaba de quitar la vida á tu pobre padre.

JORGE. (*arrebatado.*)

Que salga ese hombre de aqui.....

AMELIA.

¿Mi tio?

LUISA. (*apresurada.*)

¡Ah! señora! Que el enfermo sale aqui medio á la rastra casi moribundo, echando amenazas al señor.

AMELIA. (*á Jorge.*)

Arrójate á sus pies.

DERMONT.

No esperes que tenga compasion de su padre.

JORGE. (*fuera de sí.*)

No, mientras tu provoques mi furor. Dejadme, dejadme echar á ese hombre de mi casa.

(*Los gritos de Jorge atraen del jardin á varios de los convidados, mientras Germaní en el mayor desórden y dando empellones á los criados que intentan contenerle sale de su cuarto, y se detiene á la puerta.*)

GERMANÍ. (*á su hijo.*)

Detente!

JORGE. (*inmóvil.*)

¡Cielos!

AMELIA y LUISA. (*á los pies de Germaní.*)

Perdon! perdon!

GERMANÍ.

No! La voz de Dios resuena en los últimos acentos de un moribundo. Escucha! El destino del jugador está escrito en las puertas del infierno. Hijo ingrato! Hijo parricida! Tú serás esposo culpable, y padre inhumano. El juego abrirá el abismo de todos los males para arrojarte en él-el número de tus dias se contará por el de tu: crímenes, y tu vida se consumirá en miseria, lás grimas y remordimientos.

JORGE.

¡Ah, padre!...

GERMANÍ.

Yo te maldigo. (*cae.*)

GRITO GENERAL.

Ah!!!

DERMONT. (*con la mano.*)

Separaos de aqui.

(*Amelia y Luisa se mantienen arrodilladas á los pies de Germaní, como queriendo levantarle, á lo cual acuden tambien los criados. Las demas personas se quedan consternadas. Cae el telon.*)

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

# TREINTA AÑOS,

ó

# LA VIDA DE UN JUGADOR.

## JORNADA SEGUNDA.

## *PERSONAS DE LA II.ª JORNADA.*

JORGE DE GERMANÍ, su edad 40 años.

VÁRNER, 41 años.

DERMONT, 60 años.

RODULFO, 37 años.

VALENTIN, 45 años.

AMELIA, muger de Jorge, 31 años.

LUISA, 50 años.

CARLIN, muchacho, lacayo de Várner.

Convidados de ambos sexos. — Criados. — Soldados, &c.

*Entre la primera y la segunda jornada se pasan quince años.*

*La accion sucede en 1805, y la escena es en Paris en casa de Jorge.*

# TREINTA AÑOS,

ó

# LA VIDA DE UN JUGADOR.

## JORNADA SEGUNDA.

El teatro representa el gabinete del cuarto de Amelia, contiguo á su alcoba. Dicho gabinete tendrá una puerta á cada lado y otra en medio.

## ESCENA PRIMERA.

*Amelia, Luisa y despues Valentin.*

*Al levantarse el telon se descubre Amelia sentada á una mesa, escribiendo y limpiándose las lágrimas. Dos bujías apagadas y cási consumidas dan á entender que ha pasado la noche sin acostarse. Despues de un momento de silencio entra Luisa.*

LUISA.

Tan pronto en pie!... mas no, que las velas han estado ardiendo hasta acabarse. (*echa una ojeada hácia la alcoba.*) La cama está hecha... No hay duda: no se ha acostado... Habrá pasado la noche escribiendo... (*Deja caer Amelia la pluma y se enjuga el rostro.*) Eso es: lloran-

do; siempre llorando cuando está sola. ¡Infeliz! Durante quince años esta ha sido su vida. ¡Quince años de matrimonio sin un instante de ventura! Qué distraida está! No me ha sentido. (*Se pone á arreglar el cuarto.*)

AMELIA.

Sí: es preciso hacer el último esfuerzo, no por mí, sino por mi hijo. Soy muger de un jugador, y ya estoy resignada á padecer. (*Vuelve á tomar la pluma.*) Acabemos.....

LUISA.

De su hijo está hablando... Señora?

AMELIA.

¿Quien?... ¿Ahí estás, Luisa?

LUISA.

Perdone V.: me pareció que preguntaba V. por el niño. Está durmiendo aun, pero si V. quiere darle un beso.....

AMELIA.

Gracias, amada Luisa: verdad es que la presencia de mi hijo, de mi querido Alberto, es la única cosa que alivia mis penas; pero si hablé de él en este momento, fue por estar pensando en su suerte futura.

LUISA.

¿Y por eso pasa V. las noches en vela? Eso no es regular, señora: quiero reñirla á V., pues me da derecho á ello el haberla criado y servido tantos años. ¿No está V. contenta con gemir todo el dia entregada á sus pesares, que ha de pasar las noches llorando?

AMELIA.

¡Qué quieres! Es el único tiempo en que puedo pensar con libertad en mi situacion. ¡Ah, Luisa mia! El afecto que me tienes, tu reserva y tu juicio merecen que te descubra mi pecho. Estas cartas que me ves escribir en ausencia de mi esposo son para mi tio.

LUISA.

¿Para el Sr. Dermont, aquel á quien el amo echó de casa luego que murió su padre?...

(*Amelia la interrumpe con un gesto.*)

Sí, tiene V. razon: no renovemos la memoria de aquellos funestos dias. ¡Cuántas veces he estado para confiar á V. mis sospechas! Pero cree V., señora, que su tio acudirá en su socorro?

AMELIA.

¡Bastantes años ha que le llamo, é imploro su perdon! Como que es el único recurso á que puedo apelar en favor de mi hijo. Ya supondrás que su padre nada sabe de esto, y por la misma razon escribo de noche mientras él está jugando.

LUISA. (*con indignacion.*)

Siempre jugando! y siempre con aquel maldito Várner, que es el hombre mas perverso y pérfido del mundo! ¡Cómo no habrá llegado á conocer en mas de quince años que aquel pícaro no trata sino de arruinarle y perderle, teniendo hasta la vileza y el atrevimiento de poner los ojos en su muger!... (*un gesto de Amelia la contiene.*) V. es demasiado buena y sufrida, señora: ya estoy cansada de decírselo á V.; pero yo en

su lugar le hubiera arrancado la máscara mil veces.

AMELIA.

Ay! Nunca tendré valor para hacerlo. Bien conoces el genio colérico y violento de Jorge: la idea de escitar sus zelos me estremece, y por otra parte no se me oculta que me expongo... (*se oye ruido.*) Pero escucha: ¿si será él? Anda, y si notas que ha perdido, vuelve á acompañarme.

LUISA.

Hasta la muerte, señora. (*se asoma.*) Pero no es el amo, es Valentin. (*llega Valentin.*)

VALENTIN.

El Sr. Várner.....

LUISA.

¡Várner!

AMELIA.

¿No sabes ya que no quiero recibirle no estando tu amo en casa?

VALENTIN.

Bien lo sé, señora; pero ya ha venido esta madrugada tres veces, por cierto que la primera aun no habia amanecido, y está tan inquieto, tan alterado... En fin, dice que no habiendo podido encontrar al amo, tiene precision de hablar con V. á fin de evitar una desgracia.

AMELIA.

¡Cielos! ¡Una desgracia! Sin duda ha perdido Jorge, y acaso la desesperacion... dile que entre...

LUISA.

¡Señora!

AMELIA.

No, no, que nos engaña! Decir que no ha visto á Jorge es un enredo... Valentin, no le dejes venir á mi cuarto... Espera, y llevarás esta carta antes que vuelva mi marido: voy á cerrarla: tú mismo ¿entiendes?

(*Va hácia la mesa á cerrar la carta.*)

LUISA.

¡Pobre muger!

VALENTIN. (*á Luisa por lo bajo entregándola unos papeles.*)

El caso es que no me atrevo á decirla... Vea V... Siempre protestos, sentencias... como que hoy vienen á embargar, si el señor... (*suena ruido.*)

LUISA.

Calla... ¿no oyes ruido?

AMELIA. (*á Valentin.*)

Mira quien es. (*se va.*)

LUISA.

El amo. (*se va á cerciorarse.*)

AMELIA.

Jorge? Guardo la carta. (*la mete en el pecho.*)

LUISA. (*volviendo asustada.*)

Señora: ha despachado á Várner, y vuelve solo; pero la noche sin duda ha sido borrascosa, porque viene mas furioso que nunca.

AMELIA.

Ya me pongo á temblar... (*á Luisa.*) No dejes entrar aqui á Alberto, porque no presencie estas escenas horrorosas. Ten cuidado con él.

(*Va Luisa á salir, pero entra Jorge, y en*

*medio del cuarto se queda parado. Valentin tras él en ademan de abatido y temeroso. Amelia y Luisa se quedan inmóviles.*)

## ESCENA II.

*Los dichos*, JORGE.

¿De cuando acá, señora, se ha creido V. con facultades para negar la entrada en mi casa al mejor de mis amigos?

AMELIA.

Yo no acostumbro á recibir á nadie tan temprano... y no estando tú en casa...

JORGE.

Pretestos frívolos! A Várner le detestas porque es mi amigo: nada mas.

AMELIA.

¡Amigo tuyo!...

JORGE. (*á Valentin.*)

Si te vuelve á suceder perderle el respeto, te pongo en la calle inmediatamente.

VALENTIN.

¿A mí, señor? habiendo servido tantos años á su padre de V., que murió en mis brazos?...

JORGE. (*con voz terrible.*)

Ea! callemos!

AMELIA.

¡Valentin! (*le hace señas de que calle.*)

JORGE. (*aparte.*)

¡Siempre renovándome este recuerdo!... (*á Luisa*) Qué haces tú aqui?

LUISA. (*cortada.*)

Señor; estaba sirviendo á mi ama.

JORGE.

Despues la servirás... idos entrambos.

VALENTIN. (*dando á Jorge unos papeles.*)

Señor: esta madrugada han venido á notificar estas providencias, y diciendo que en el dia han de quedar cumplidas.

JORGE. (*tomando los papeles y ajándolos con cólera.*)

Ya nos verémos: idos. (*Valentin se retira por el foro. Luisa entra en la alcoba de la ama. Jorge y Amelia se quedan solos.*)

JORGE.

Esta noche me ha tratado la suerte con una crueldad inaudita... Pocas arengas: ¿estamos? que no tengo humor de escuchar sermones, y mi contestacion seria lacónica y decisiva: el que juega, tan á pique está de arruinarse como de hacerse poderoso, y tú misma has esperimentado alguna vez los favores de la suerte: díganlo esos restos de opulencia que nos rodean. Ya llegará mi vez, y entonces... ¡pero esta noche! ¡esta noche particularmente!... se ha burlado de todas mis combinaciones. En verdad mis fondos no eran muchos, pero me empeñé en vencer la obstinacion de la fortuna y los he perdido. No hay remedio: necesito dinero.

AMELIA.

¿Dinero?

JORGE.

Sí; hoy mismo, esta misma mañana: de lo contrario soy perdido.

AMELIA.

Y qué puedo hacer yo? Bien sabes nuestra situacion. Ya te entregué mis joyas: nada tengo; nada sino los muebles de casa.

JORGE.

Ni aun eso, que ya están embargados.

AMELIA.

¡Dios mio! ¡Con que aqui no hay nada nuestro!

JORGE.

Aqui, nada absolutamente; pero lo repito, y bien pudieras entenderme si no escucharas los consejos de tu tio; necesito dinero, ó de lo contrario no hay recurso para mí. (*Se sienta con aire ceñudo y melancólico.*)

AMELIA.

¡Ah, Jorge mio! Tus palabras me llenan de terror. ¡Si el Cielo se dignará de abrirte los ojos!.. Recuerda cuan infelices hemos sido hasta ahora, siempre en la miseria, sin esceptuar aquellos breves instantes de aparente esplendor; llenos de zozobras, de sustos, de persecuciones, y muchas veces de injurias y de ultrajes. Asi hemos vivido quince años sin ver lucir para nosotros un dia, no diré de felicidad, pero ni aun de sosiego.

(*Jorge hace un movimiento de impaciencia.*) No creas, amado Jorge, que renuevo á tu memoria tan triste pintura para echarte en cara las lágrimas que he vertido; hágolo únicamente con

el fin de moverte á mejorar nuestra situacion. Aun nos queda parte de mi dote que estaba separada de tu caudal, y cuya renta aunque ahora la absorve sin echarse de ver el inmenso desórden de nuestros gastos, es suficiente para que vivamos con decencia en cualquiera rincon, oscura sí, pero al menos pacíficamente. ¡Ah, Jorge mio! Hoy mismo, si quisieras, hoy mismo dejariamos esta casa, esta ciudad tan funesta para tí, y esos amigos falsos que te arruinan. Vivirias en dulce sosiego; mi vida toda la dedicaria á labrar la felicidad de la tuya á fuerza de cariño, de desvelos, y si fuera preciso del trabajo de mis manos. Alberto se educaria á nuestro lado, y antes de poco empezarias á gozar dias venturosos. (*se le pone de rodillas*) Sí, Jorge; sí, esposo mio; huyamos de este continuo infierno, y renuncia á esa funesta pasion: mira que tu dicha y mi reposo se cifran en que me otorgues esta merced, que imploro arrodillada.

JORGE. (*levantándose y levantando á Amelia.*) Mil veces me has hecho esas mismas reflexiones; pero ¿qué son algunos miles de francos, y vivir en un villorio? ¿Es eso otra cosa que pasar una vida mísera é insoportable? Yo aspiro á ser opulento, como ya lo he sido; y en suma, es demasiado tarde para contraer costumbres nuevas... Amelia, ¿no me ofreces el resto de tu dote? Pues bien; eso es lo que yo te pido.

AMELIA.

¿Como?

JORGE.

Sí: los cien mil francos de que tú sola puedes disponer. Confíame esa cantidad no mas que hasta mañana: mañana te volveré doble suma.

AMELIA.

¿Cómo tienes valor de hacerme esa propuesta, siendo los únicos bienes de mi pobre niño?

JORGE.

¿No te digo que hasta mañana?

AMELIA.

Los jugarias esta noche, y mañana no tendriamos pan que darle.

JORGE.

Amelia, ¿te has olvidado de que soy tu marido, y puedo mandártelo?

AMELIA.

Jorge, soy una infeliz muger indefensa, y podrás quitarme la vida; pero nunca conseguirás que yo misma desherede á mi hijo.

JORGE.

¿Prefieres verme en un cadalso?

AMELIA.

¡Santo Dios! ¿En un cadalso? ¿qué estás diciendo?

JORGE.

Lo que oyes. Sabe pues, ya que no puedo ocultártelo, que acosado un dia de la necesidad, de la cólera y del despecho, un dia fatal en que la suerte se encarnizó en mí con el mayor rigor dejándome sin arbitrio humano, falsifiqué unas letras.

AMELIA.

Ay! Ya te vaticinó tu padre en su maldicion que el crímen seria tu paradero.

JORGE. (*agarrándola del brazo.*)

¡Qué dices, desventurada!

AMELIA. (*gritando.*)

Perdon! perdon!

(*Valentin y Luisa entran á los gritos de Amelia.*)

VALENTIN y LUISA.

Señora.

JORGE.

¿Quien os ha llamado?

VALENTIN.

Señor, me pareció.....

LUISA.

Creí que mi ama llamaba.

AMELIA. (*con dulzura.*)

Dejadnos: ha sido una equivocacion. Queremos estar solos. (*Valentin y Luisa se retiran.*)

JORGE.

Ya sabes la verdad: letras de cambio falsas bajo un nombre fingido que yo mismo escribí.— Mañana.....

AMELIA.

Estoy muerta... ¿y á cuanto ascienden?

JORGE.

A la cantidad que te queda poco mas ó menos.

AMELIA.

Todo! Dios mio!

JORGE.

Si no las recojo esta noche del sugeto que las

tiene en depósito, mañana llega el cumplimiento y soy perdido.

AMELIA.

Perdido de todo punto. Ya lo veo!

JORGE. (*sacando un papel del bolsillo.*)

Aqui traigo ya estendido un poder tuyo en favor de Várner.....

AMELIA.

¡De Várner!...

JORGE.

Sí, para que en tu nombre saque los fondos de casa del banquero.

AMELIA.

¡Oh, hijo adorado!

JORGE.

Yo no puedo presentarme por mí mismo..... Amelia, viendo estás mi situacion desesperada: ó firmar el poder, ó me doy un pistoletazo en tu presencia.

AMELIA.

Detente, cruel. ¿Puedes imaginar que consienta yo que te lleven á un suplicio?

JORGE.

Pues firma inmediatamente.

AMELIA.

Dáme el papel... Asi evito tu afrenta y la de mi hijo. (*se acerca á la mesa y firma.*)

JORGE. (*aparte.*)

Por fin lo ha firmado.

AMELIA. (*volviéndole el poder.*)

Toma, y ve corriendo á hacer pedazos las prue-

bas de tu delito. Jorge, no te pido otra cosa en recompensa que renuncies al juego.

JORGE.

Ya no mas, querida Amelia. Ola! Valentin, muchachos. (*Valentin y otros criados entran por la parte del foro: Luisa por un lado.*)

AMELIA.

¿Qué quieres?

JORGE.

Ya se acabaron los sustos: pronto se cambiará nuestra suerte. (*á los criados.*) Valentin, dispon que la sala grande se adorne y se ilumine con magnificencia, que esta noche tengo gente y doy una funcion.

AMELIA.

¿Una funcion? Cabalmente... en circunstancias..

JORGE.

¿Qué quieres? Era preciso disimular mis apuros, y ya tengo convidado medio Paris. Habrá concierto y baile; pero no temas el gasto, pues dentro de una hora tendrémos el oro á manos llenas. A Dios, Amelia adorada.

AMELIA.

Por Dios, que no te descuides en recoger las letras de cambio.....

JORGE.

Tiempo hay de sobra. (*aparte.*) Antes tendré duplicada esta cantidad, pues habiendo estado anoche de tan mala suerte, preciso es que esta mañana la tenga buena. Voy, que Várner estará impaciente. Hasta luego, Amelia; cuidado

con que todo esté dispuesto para mi funcion.

(*Se va, y tambien los criados.*)

## ESCENA III.

*Amelia, Luisa, y despues Valentin: mas tarde Dermont.*

LUISA.

¿Qué es lo que ha sucedido, señora? V. está temblando aun, y al amo le rebosa la alegría.

AMELIA. (*sentada.*)

¡Ay, Luisa mia! Yo no sé donde estoy... conozco que mi desgracia es superior á mis fuerzas. Ya está consumado el sacrificio; mi hijo desventurado vivirá en la miseria...

LUISA.

Ah! señora, ya imagino lo que V...

VALENTIN. (*que sale precipitado con una carta.*)

Señora, no bien habia salido mi amo, cuando llegó un hombre cuyo semblante no me es desconocido, aunque no acabo de recordar quien sea, y acercándose á mí me entregó esta carta para V., rogándome que al instante la pusiese en su mano.

AMELIA. (*levantándose.*)

Una carta?... No sé si deba.....

LUISA.

¿A qué viene ese recelo?

AMELIA.

¿Qué sé yo? pero lo cierto es que me da un

temblor... ¿Si me amenazará otra nueva desventura? (*lee*) ¿Qué es lo que veo? ¿Mi tio está aqui? ¡O Dios mio! Gracias infinitas os tributo porque me deparais un protector cuando menos lo esperaba. (*Besa la carta, y al mismo tiempo aparece Dermont en el foro.*)

DERMONT.

¡Amelia!

AMELIA.

¡Amado tio! (*corre á sus brazos: Dermont la recibe en los suyos, y despues de estar abrazados un buen rato, Dermont la contempla tristemente: Amelia prorumpe en llanto: Valentin y Luisa se retiran.*

## ESCENA IV.

*Amelia, Dermont, y despues Luisa.*

AMELIA. (*llorando.*)

¿Cuánto he temido que V. me abandonaba! Siempre escribiendo, y sin recibir una sola contestacion.

DERMONT.

Tuve que dejar segunda vez la Europa, y todas tus cartas las recibí juntas y con sumo atraso. Al momento olvidé todos mis negocios, y en vez de contestarte me puse en camino, queriendo mas bien que preguntar á otros instruirme por mí mismo de cuanto pasaba. Nada ignoro: ¿dirás ahora que no ha salido al pie de la letra cuanto te pronostiqué?

AMELIA.

¡Ah, tio mio! Cuan desgraciada soy! Si V. me abandona no me queda otro recurso que la muerte.

DERMONT.

Abandonarte? Eso no. Ya sé que Jorge ha disipado la herencia de su padre.

AMELIA.

Sí, señor; enteramente.

DERMONT.

Que está agobiado de deudas.

AMELIA.

Es verdad.

DERMONT.

¿Y tu dote?

AMELIA.

Ahora mismo acabo de desprenderme de la parte que quedaba.

DERMONT.

¿Y has podido olvidar que eres madre?

AMELIA.

Tuve precision de hacerlo... ¡Ay! Si V. supiera.....

DERMONT.

Nada tengo que saber. Su violencia, su tiranía... En fin la carrera del jugador ya la ha corrido toda. Hijo ingrato, mal esposo, padre cruel, solo le falta cometer crímenes.

AMELIA.

¡Ay!

DERMONT.

Tal vez lo habrá hecho ya!... Demasiado lo

anuncia esa exclamacion!... El campo de los delitos no tiene barreras: el jugador que pierde sus caudales se convierte en un malvado.

AMELIA.

No, por Dios, no le ultrajeis: recordad que es padre de mi hijo.

DERMONT. (*abrazándola.*)

¡Víctima generosa!... Pero pensemos en mejorar tu suerte desgraciada. ¡Ánimo, Amelia! Yo seré tu protector; mas no hay que titubear. Es indispensable que te separes de Jorge, que inmediatamente queden rotos esos vínculos...

AMELIA.

No pase V. adelante, amado tio. ¡Ah! ¡cuan poco me conoce V.! ¡Yo abandonar á mi esposo! ¿Fue eso lo que prometí al pie del altar? Soy suya: si él hubiera querido hacerme venturosa, daria mil gracias al cielo: me ha hecho infeliz, debo resignarme con mi suerte y seguir la suya hasta el sepulcro.

DERMONT.

Entonces ¿qué quieres de mí?

AMELIA.

Soy madre: tengo un hijo, y por él son mis mayores zozobras.

DERMONT.

Háblame claro. ¿Cuál es tu deseo?

AMELIA.

Yo nada poseo: no tengo que esperar sino llanto y miseria. ¿Quien se dignará de tender la mano á una criatura.....

DERMONT.

No me digas mas. ¿Dónde está tu hijo, que quiero abrazarle?

AMELIA.

¡Ah, señor! aqui está, pero no me atrevia...

DERMONT.

¿Es posible? Que le traigan al momento.

AMELIA. (*llamando.*)

Luisa, Luisa: (*sale Luisa*) trae al niño... pero aguarda: ¿quien viene?

LUISA.

Es la voz de mi amo, que sube á la sala grande.

AMELIA.

¡Válgame Dios!

DERMONT.

Me voy corriendo, que no quiero verme en la presencia de un hombre que me ha echado de su casa. Despues nos verémos. Haz que me avisen en casa de Rodulfo Dericourt.

AMELIA.

¿Rodulfo?

DERMONT.

Sí: ya sabes que es mi amigo; pero Jorge se acerca: á Dios, sobrina.

LUISA.

El caso es que no puede V. salir sin que le vea, pues viene hácia esta parte.

AMELIA.

Pues no se mueva V.

DERMONT.

No, de ningun modo.

LUISA.

Si V. tuviese á bien pasar.....

(*le señala la alcoba de Amelia.*)

DERMONT.

¿Donde? ¿A esta alcoba?

AMELIA.

Es la mia.

DERMONT.

Mejor es: aunque tenga que padecer esta humillacion, evitaré al menos la presencia de un hombre que detesto.

LUISA.

Pronto, que llega.

(*Dermont entra en la alcoba, y Luisa en el gabinete. Jorge llega con aire orgulloso y alegre, y delante de él Valentin y otros criados.*)

## ESCENA V.

*Amelia, Jorge, Valentin y criados.*

JORGE. (*dando un bolsillo á Valentin.*)

Ea! andad y haced cuanto dejo dispuesto: quiero que todas las piezas estén como una ascua de oro y que no se perdone gasto, pues hay dinero en abundancia. (*Valentin se va con los demas criados.*) A Dios, querida Amelia. Y qué? no tratas de vestirte?

AMELIA. (*en tono bajo.*)

Recogiste las letras?

JORGE.

Despues... mañana... tenemos veinticuatro ho-

ras de tiempo. Por ahora atendamos á la funcion, que ha de ser soberbia y original. Las reuniones de vecindad me fastidian, porque las presiden la etiqueta y el tedio. Doy un baile de máscara, que es donde reinan la alegría y el buen humor. Tendrémos la flor de la belleza; todas las de la ópera vendrán disfrazadas.

AMELIA.

Habla mas bajo.

JORGE.

Quiero que mi funcion alborote á Paris. Dentro de poco te traerán adornos y joyas magníficas elegidas por Várner que es hombre de gusto; pues aunque habrá damas elegantísimas, mi intencion es que las oscurezcas, que las eclipses á todas.

AMELIA.

Pero ¿qué precision tienes de alzar tanto la voz?

JORGE.

¿Qué importa?—Gran orquesta... ¡Ah! ya se me olvidaba; necesitas un arpa: Várner tuvo la ocurrencia de prevenírmelo.

AMELIA.

Tambien Várner! Yo no me hallo en aptitud..

JORGE. (*con imperio.*)

La tocarás. ¿No basta que yo te lo mande?

AMELIA.

Está bien: no te irrites.

JORGE.

Pero ¿qué recelos son esos? ¿A qué tanto mirar hácia la alcoba?

AMELIA. (*turbada.*)

Yo? no lo creas: seria casualidad.

JORGE.

¡Qué turbacion!... ¿Hay alguien en ella?

AMELIA.

¿Quien ha de haber? Luisa y Alberto.

JORGE.

No: tú te pones pálida. Veamos que misterio es este.

AMELIA. (*deteniéndole.*)

Aguarda... ¿Donde vas?

JORGE. (*ya furioso.*)

Déjame, Amelia. ¿Qué temblor es ese? Si llegase á concebir la menor sospecha, no sabes hasta que punto mi furor.....

AMELIA.

¡Dios mio!

(*al querer entrar Jorge sale Dermont.*)

## ESCENA VI.

*Amelia, Jorge, Dermont.*

DERMONT. (*á Jorge.*)

Deténgase V.

JORGE.

¿Qué veo?

DERMONT.

No ultraje V. su virtud.

JORGE. (*mirando á Amelia.*)

¡Dermont en mi casa!

AMELIA.

Por los muchos sacrificios que he hecho por tí, te pido que no vuelvas á ultrajarle.

JORGE. (*á Dermont.*)

A qué ha venido V. á mi casa? ¿Qué es lo que busca en ella?

DERMONT.

He venido á ver á la hija de mi hermano, y á juzgar por mis propios ojos de su suerte. No me engañé: la misma es que le habia pronosticado. Por lo que á V. toca, creí no quebrantar nunca el juramento que hice de no volver á verle; pero sus injustas sospechas, y el tono violento con que la ví amenazada, me hicieron olvidar mi promesa. No tengo mas que decir.

(*Vase hácia el foro con intencion de marcharse; Jorge se adelanta hácia la boca del teatro.*)

AMELIA. (*á su marido en voz baja.*)

Por Dios detenle.

JORGE. (*con dureza.*)

No quiero.

DERMONT. (*deteniéndose en el fondo del teatro y recibiendo á Amelia que corre á abrazarle.*)

Víctima inocente y generosa, pon todo tu esfuerzo en no dejarte abatir del peso de tus cadenas, y no te olvides de que tienes un padre que vela en defensa tuya. A Dios, hija mia.

(*Vase Dermont; Amelia prorumpe en llanto, y Jorge se le acerca colérico.*)

## ESCENA VII.

*Amelia, Jorge.*

JORGE.

Esto ya es insufrible! No mas insultos. Tenga V. entendido que no ha de volver á verle. Absolutamente se lo prohibo, ¡y triste de V. si se atreve á desobedecerme!

AMELIA.

¡Qué crueldad! Mi corazon no puede resistir tanta ingratitud. Por tí he sacrificado cuanto tenia: un solo amigo me queda en el mundo; mi hijo, pobre y desheredado por tí no cuenta con otro protector, y sin embargo quieres privarnos de este consuelo!

JORGE.

Sí: le aborrezco porque me desprecia, y te enseña á odiar á tu marido.

AMELIA. (*con dulzura.*)

¡Ah, Jorge, Jorge! Nunca llegarás á conocer mi corazon.

JORGE.

¡Silencio, que oigo pasos: enjuga esas lágrimas. (*Amelia se limpia los ojos: Valentin entra con varias modistas que traen cajas de carton: un mercader trae una caja con joyas, y dos mozos un arpa metida tambien en su caja. Várner entra despues muy alegre y satisfecho.*)

## ESCENA VIII.

*Los precedentes, Várner, Valentin, Luisa y otras criadas.*

VALENTIN.

Aqui están las joyas y demas adornos que vienen para la señora, junto con un arpa que traen esos mozos.

JORGE.

Está bien. Y Várner, no ha parecido?

VALENTIN.

Aqui viene.

VÁRNER.

A Dios, querido amigo. Señora, permítame V. que la manifieste mi respeto... (*hace ademan de tomarla la mano para besársela, y ella se aparta y la retira.*) (*aparte*) Ola! ¿Ha habido llanto? Mejor que mejor. (*á Jorge*) Amigo, ya ves que he desempeñado tus encargos con el zelo que acostumbro. Llevad todo eso al cuarto de la señora: el arpa á la sala grande, pero la caja... la caja ahí en la alcoba. (*señala la alcoba de Amelia, y los criados lo hacen asi.*)

JORGE.

¿Supongo que me darás el gusto de disponerte á hacer los honores de mi funcion?

AMELIA.

Muy bien. Pronta estoy á disimular mis lágrimas y á recibir á tus amigos con rostro placentero. (*Jorge da la mano á Amelia y la lle-*

*va á su tocador. Luisa entra tras de su ama con las modistas, llevándose la caja del aderezo. Entre tanto Valentin despide al mercader y á los mozos del arpa.*)

VÁRNER.

Bueno! Todo va bien. De esta vez se cumple mi deseo. La trampa está bien armada; y mi criado, que es listo y travieso, no se descuidará. Orgullosa Amelía, verémos como escapas de este lazo... Mañana serás mia. Felizmente ya estoy redondeado, y esta madrugada... Ahora solo falta ahuyentar á Jorge. (*Jorge vuelve de prisa.*)

## ESCENA IX.

*Várner, Jorge.*

JORGE.

¿Qué tal, Várner? Cómo te fue despues? Seguiste mi juego? Aprovechaste el cuarto de hora?

VÁRNER.

Jugué algunos billetes, pero con desgracia. Diez mil francos he perdido.

JORGE.

Eso poco importa, pues ya sabes que yo gané treinta mil. Sin embargo supuse que ganarias, y contaba con eso para saldar parte de aquellas malditas letras antes que llegue el caso de que las presenten mañana.

VÁRNER. (*con aire de falsedad.*)

¿Pues qué? ¿No se han de reembolsar con el dinero de tu muger?

JORGE.

Sí: ya está en mi poder, menos algunos miles de francos que he gastado en la funcion. Pero si me desprendo de esta suma, no me quedará nada, siendo asi que pudieramos doblarla en pocas horas.

VÁRNER.

Cierto que fuera lástima, y mas cuando se cuenta contigo en la partida. Ya se ve, como esta noche va el príncipe ruso con aquella dama irlandesa, la cosa andará viva y alegre hasta no mas. Por eso di mi palabra en tu nombre.

JORGE.

Bien hiciste. ¿Si no fuera por el baile.....

VÁRNER.

¿Pues no está ahí tu muger para presidirle y obsequiar á las gentes?

JORGE.

Tienes razon; irémos allá... ¡Esto de soltar una cantidad tan considerable, antes de que nos la multiplique la fortuna, se me hace tan cuesta arriba! Nada menos que eso. Harémos dos partes y cada uno tomará la suya; poniendo suma atencion en las jugadas, y teniendo serenidad y perseverancia, verás como...

VÁRNER.

No; yo no puedo ir allá, pero no perderé el tiempo. El embajador persa tiene partida esta noche; van algunos amigos mios, y tengo á mi cargo el arreglo y la direccion de las mesas.

JORGE.

Bueno. Ya sé tu habilidad. Llévate la mitad del dinero.

VÁRNER. (*aparte.*)

Ya le pillé.

JORGE.

Cuarenta y tantos mil francos cada uno: podemos reunirnos á las seis de la mañana.

VÁRNER.

Tengo toda la noche á mi disposicion.

JORGE.

Y con las ganancias acudirémos temprano á casa del depositario de las letras, puesto que nos prometió no negociarlas: le entregamos su dinero, y las echamos en la chimenea.

VÁRNER.

Silencio!

JORGE.

¿Quien viene? (*entra Valentin.*)

## ESCENA X.

*Jorge, Várner, Valentin, Luisa.*

(*Salen las modistas del tocador, y entretanto atraviesa el criado de Várner (que debe ser un muchacho con su librea) y se esconde en la alcoba.*)

VALENTIN.

Señor, las gentes van llegando.

LUISA.

La señora espera sus órdenes de V.

JORGE.

Bien. Voy á darla la mano.

VÁRNER. (*por lo bajo.*)

A las doce... ¡cuidado!

JORGE. (*aparte.*)

No haré falta.

VÁRNER.

Hasta mañana.

JORGE.

A Dios.

(*Jorge entra en el tocador de su muger. Esta es la ocasion en que salen las modistas y se van con Valentin: el criado de Várner se esconde furtivamente en la alcoba: Várner al quedarse solo en la escena le hace una seña, y entonces pasa y se esconde.*)

VÁRNER.

Todo va perfectamente. Jorge tarde volverá: ya sus letras falsificadas están en poder de la justicia. No se va á armar mala fiesta.

(*vuelve Valentin.*)

VALENTIN.

¿No viene V., señor Várner?

VÁRNER.

Sí: (*aparte.*) me dejaré ver un momento en la funcion.

*MUTACION DE TEATRO.*

*La escena representa la alcoba de Amelia, de forma ochavada. En el foro habrá una cama colgada: á cada lado una ventana y una puerta: las puertas estarán mas cerca de los es-*

*pectadores. A la izquierda se verá la caja del arpa. Habrá tambien una mesa con espejo, y algunas sillas, todo con el lujo posible. Sobre la mesa una campanilla, y dos velas apagadas.*

## ESCENA XI.

*Carlin, despues Luisa, y por último Dermont.*

*Está oscuro: se oye un concierto de arpa y otros instrumentos en una sala contigua. Al fin del concierto se abre poco á poco la caja del arpa, y sale Carlin con cuidado, mirando á todas partes y poniéndose á escuchar. Luisa abre con precaucion la puerta del lado izquierdo, trayendo una luz en la mano con la cual enciende las bugías de la mesa. Al sentir el picaporte se vuelve á esconder Carlin en la caja del arpa. La música se sigue oyendo durante estas escenas; pero muy piano á fin de que se oiga á los actores.*

LUISA.

¿Que novedad será esta? ¿A media noche una visita del Sr. Dermont? No sé si lo erraré; pero no siendo aqui, no encuentro sitio donde introducirle sin que le vean. ¡Hay tanta gente por todas las salas!... Valentin debe acompañarle por la escalera secreta. (*suenan dos golpecitos.*) Ahí están ya. (*abre con precaucion y entra Valentin con Dermont, y el primero se va despues de dejarle dentro.*)

DERMONT. (*á Luisa.*)

Señora: quisiera poder hablar sin tardanza al Sr. Germaní.

LUISA.

A mi amo dice V.?

DERMONT.

Sí.

LUISA.

Es imposible.

DERMONT.

Porqué?

LUISA.

Pues no sabe V. que se va á jugar todas las noches? Hoy ha hecho lo mismo que las demas.

DERMONT.

¿A jugar? ¡Qué hombre tan perdido! yo creí que estuviese en el baile.

LUISA.

La señora es quien está cumpliendo por él, y esforzándose por disimular sus penas.

DERMONT.

¡Y en qué ocasion! Vaya V. y dígala que yo la llamo.

LUISA.

Pues, señor, ¿qué sucede? Esto es vivir en un susto continuo.

DERMONT.

Corra V. al instante, que es negocio urgente.

LUISA. (*se va.*)

Allá voy. (*aparte*) ¿Si tendrémos nuevas desventuras?

DERMONT.

Es imposible ocultarla el terrible golpe que la amenaza... Pobre Amelia!... ¡Y el infeliz cebado en el juego mientras otros le preparan un calabozo y tal vez un cadalso!

(*Luisa vuelve con Amelia y se retira.*)

## ESCENA XII.

*Amelia, vestida de baile, Dermont, despues Luisa y al fin Rodulfo. (Carlin dentro de la caja.)*

AMELIA.

¡Cielos! ¡Mi tio! Señor, ¿á estas horas? ¡Qué novedad! ¿Viene V. á anunciarme alguna desgracia?

DERMONT.

Una grandísima, irreparable. Amelia mia, preven todo tu esfuerzo, pues no es posible ocultártela. Jorge está perdido si no se escapa inmediatamente, por haber girado letras falsas.

AMELIA.

Este golpe ya lo estaba yo temiendo! ¡Ay! ¿Cómo se ha sabido?

DERMONT.

Segun eso ya tenias noticia.....

AMELIA.

Hace pocas horas.

DERMONT.

No hace muchas que se ha descubierto este atentado. Un usurero, tenedor de las letras, se

ha presentado al banquero á cuyo cargo estaban giradas. Este echó de ver el fraude, y avisó á la justicia, que empezó á practicar diligencias, de las cuales y de la declaracion del mismo usurero ha resultado que Jorge ha sido el que las falsificó.

AMELIA.

¡Ah, tio amado! Acuda V. á socorrerle.

DERMONT.

Lo haré asi, mas no por él, sino por tí, por tu hijo... Pero es preciso avisarle inmediatamente lo que pasa.

AMELIA.

Válgame Dios! ¿Si supieramos donde... ¿Hay mas desventuras?

LUISA. (*apresurada.*)

Señora: un sugeto que tiene, segun dice, una cosa importante que comunicar á V. desea hablarla: tambien ha preguntado por el señor.

DERMONT.

Ya sé quien es; no te asustes. Es Rodulfo Dericourt; manda que entre al momento. Con precaucion, está V? (*vase Luisa.*) Yo le rogué que viniera á decirme cuanto pudiese averiguar, y estoy cierto de que te servirá con tanto zelo como yo mismo.

LUISA. (*deja á Rodulfo y se va.*)

Aqui está.

RODULFO.

Perdone V., señora, si vengo...

DERMONT.

Ya mi sobrina está enterada... Diga V. lo que ocurre de nuevo.

RODULFO. (*á Amelia.*)

Que solo le queda un instante á su esposo de V. para librarse de caer en manos de la justicia. Ya está dada la orden de prenderle, y el magistrado dispuesto á ejecutarla: mañana amanecerá en un encierro.

AMELIA.

¡Ay! ¡Qué horror, qué espanto se apodera de mí!

RODULFO.

Ánimo, señora.

AMELIA.

Pero, ¡Dios mio! ¿qué debo hacer?

DERMONT.

Lo que debes hacer es refugiarte en los brazos de tu tio, que es el único medio que afianza tu seguridad. Ya Alberto es mi hijo, vente con él, y cesará tu persecucion y tus martirios. Abandona de una vez.....

AMELIA.

Jamas!

DERMONT y RODULFO.

Silencio. (*Entra Luisa corriendo.*)

## ESCENA XIII.

*Los dichos, Luisa, y despues Valentin.*

LUISA. (*asombrada.*)

Señora, señora... ¡Dios mio! lo que acabo de oir! La funcion está suspendida, y las gentes formando corrillos, por haberse estendido la voz

de que esta misma noche vienen á prender al amo.

AMELIA.

¡ Esta misma noche!

DERMONT.

Esto es, que ya se sabe todo: ¿no lo dije yo?

LUISA. (*bulla dentro.*)

Oigan VV.

AMELIA.

Que alboroto!

RODULFO.

Lo primero que se debe hacer es despedir á todo el mundo y cerrar las puertas de la casa.

DERMONT.

Sí, pero tú no debes presentarte: allá voy yo á decir á esas gentes que se vayan con Dios cuanto antes.

VALENTIN. (*entrando.*)

No tiene V. que incomodarse, pues ya no hay un alma. Luego que cundió esa fatal noticia, todos fueron tomando la puerta mas que de paso.

DERMONT.

Mejor. Habrá ese escándalo menos. Corre: apaga las luces, cierra las puertas, y que cese todo ruido. (*Valentin sale.*) (*á Rodulfo.*) Nosotros, caro amigo, vamos á disponer la fuga de Jorge para antes que amanezca. Tú, sobrina, no estas para nada; sobrecogida... temblando sin cesar... quédate encerrada en tu cuarto; y si ese hombre viene, dile que vaya al momento á casa de Rodulfo. Pongamos en salvo su persona, si es posible, que luego se tratará de recobrar su honor.

AMELIA.

Sí, por Dios, señores! Salven VV. á mi esposo.

DERMONT.

Harémos lo posible... si la Providencia no ha fijado ya el momento de su justo castigo. Vamos. (*Sale con Rodulfo por la escalera secreta.*)

## ESCENA XIV.

*Amelia, Luisa, Carlin (dentro de la caja.)*

AMELIA. (*con suma afliccion.*)

Ya se acabó! El lance terrible, que tantos dias ha estaba temiendo, ya está encima. ¡Arruinado, sin honor, amenazada su libertad, y sin otra alternativa que la fuga ó la infamia!... Y mientras yo le estoy esperando entre agonías mortales, él sigue aun en sus desórdenes en medio de los autores y cómplices de su delito... ¡O, Dios piadoso! ¿Cuándo llegará el término de mis tormentos? (*Sale Luisa.*)

LUISA.

Ya está la casa en sosiego, señora: ¿pero que males son los que nos amenazan?.. En fin, sean los que fueren, ama querida, no permita V. que me separen de su lado.

AMELIA.

¡Ah! Yo sola soy la que debo hacerte esa súplica. Tenga á lo menos una amiga con quien llorar mis penas. Pero dime, Luisa, ¿donde está mi niño?

LUISA.

Durmiendo en mi cuarto, señora.

AMELIA.

Quisiera darle un beso... pero no: mejor será no incomodarle. ¡Pobre criatura!

(*Va á sentarse enfrente del espejo, repara en su trage y adornos, y se retira hácia atras como espantada.*)

¡Ah! ¡Galas y miseria... todo junto. (*á Luisa.*) Quítame estas joyas y estos adornos, que no puedo sufrirlos. Jerga y luto debieron ser mis atavíos desde el momento que me casé. Dáte prisa por Dios, que no quiero que me vea nadie con este lujo, que me acarrearia en mi actual situacion el desprecio de las gentes.

(*Luisa toma una luz y se entra con su ama en la pieza de vestir.*)

## ESCENA XV.

*Carlin, y despues Várner.*

(*Asi que se van Amelia y Luisa se abre con tiento la caja del arpa, y sale Carlin con gran precaucion. Se pone á escuchar un rato: despues se asoma por el agujero de la llave de la puerta del tocador, y ya mas seguro, abre despacio la ventana, y hace señas á la calle con un pañuelo blanco. Despues vuelve á la caja, saca de ella una escalera de cuerda, la descuelga por la ventana, atando arriba el estremo... Várner sube, y entra con una espa-*

*da en la mano. Luego que está dentro, le designa Carlin con el gesto el gabinete donde está desnudándose Amelia: despues toma la campanilla que está sobre la mesa, y le arranca el badajo. Por último, se baja por la escalera, y su amo la arroja á la calle, quedándose dentro.*

VÁRNER.

Ya es mia... Todo ha salido á medida de mi deseo... A Jorge le dejo bien enredado, y no hay miedo que vuelva. ¡Ánimo, Várner! Tu golpe magistral es este. Robemos á Amelia, y huyamos de este pais, pues tengo oro en abundancia, y con él todo es fácil. Sí: mi triunfo es seguro. En breve se quedará sola... esperemos. ¡Ah! muger ingrata! Pronto me pagarás los desdenes que he sufrido... Ya vuelve: demos tiempo á que se vaya Luisa. (*Se mete en la caja.*)

## ESCENA XVI.

*Amelia, Luisa, Várner (en la caja.)*

AMELIA. (*de blanco, con el pelo atado y sin adornos en la cabeza.*)

Ya puedes retirarte á tu cuarto, que es tarde.

LUISA.

¿Y he de dejar á V. sola? No es mejor que me quede aqui?

AMELIA.

No, Luisa; que eso fuera abusar de tu buen zelo. ¿Quien sabe los trabajos que nos esperan mañana? Vete á dormir, que estás muy fatigada

y necesitas descansar un rato. Dame ese gusto. Mira primero si está todo bien cerrado, y llévate la llave de la escalera falsa. Si vuelven Rodulfo ó mi tio, tráelos aqui por ella; que si viniere tu amo, le abriré yo por la otra parte.

(*Señala á la puerta de enfrente.*)

LUISA.

Bien está, señora: haré lo que V. manda; pero no crea V. que pueda yo descansar, cuando nos amenazan nuevos sustos. Me estaré sentada cuidando de Alberto.

AMELIA.

Sí, sí, cuida por Dios del niño.

(*Amelia se sienta, Luisa va por la llave de la escalera escusada, vuelve al instante y se asegura de que las puertas están bien cerradas.*)

LUISA.

Todo está bien: hasta mañana, señora.

(*Váse por la puerta del gabinete, Amelia la cierra y deja la llave en la cerradura.*)

## ESCENA XVII.

*Amelia, Várner.*

(*Asi que Amelia se queda sola, sale Várner de la caja con cuidado, y andando con tiento arrimado á la pared, pone la espada en una silla, y poco á poco se va acercando á la puerta del gabinete.*)

AMELIA. (*sentada y creyendo estar sola.*)

No tengo valor para pensar en el cúmulo de

mis desdichas. Miseria, deshonra, y por fin la fuga y el dolor de separarme de mi Alberto!

(*Al llegar aqui se apodera Várner de la llave del gabinete, y al sacarla hace un ruido ligero, con el cual se asusta Amelia.*)

AMELIA. (*asustada.*)

Quien anda ahí? Aun no te has ido, Luisa? (*Várner se retira un poco hácia atras.*) Nadie responde. (*se levanta*) ¿Quien es?

VÁRNER.

Yo.

AMELIA. (*aterrada.*)

¡Ay!

VÁRNER.

Chitt... silencio, Amelia! No hay que gritar, ni asustarse. Ruego á V. que me escuche.

AMELIA.

V. aqui? Qué es lo que quiere? Voy á llamar. (*Corre á tomar la campanilla, y ve que no suena.*) ¿Qué es esto? ¿No suena?

VÁRNER. (*enseñándole la llave.*)

No: todo está previsto: ya lo ve V.

AMELIA.

Triste de mí! Soy perdida.

VÁRNER.

Al contrario, á lo que vengo es á poner á V. en salvo: á pesar del rigor que V. ha usado conmigo, el amor que la tengo.....

AMELIA. (*con dignidad y aparente calma*)

¡Qué horror! Cielo santo? La noche, la soledad... ¡ah! ya veo la profunda perversidad del

lazo que me habeis armado. Pero toda mi familia sabe el odio que V. me inspira, y ninguno puede sospechar que soy cómplice en su crímen. No: si V. no se va inmediatamente, daré voces, y vendrán á arrojarle de aqui como á un malvado, como al hombre mas infame del mundo. Salga V. al instante... á las claras, sin rebozo ni misterio... Este es el único modo con que puede imponer silencio á la calumnia una muger que sabe respetar su opinion. Salga V. al instante...

VÁRNER.

V. delira, señora. ¿Salir despues de los afanes que me cuesta el proporcionar que nos viesemos á solas? ¿Yo renunciar á la dicha de haber puesto á V. en precision de escucharme?

AMELIA.

Como! Seria V. capaz?...

VÁRNER.

A nadie tengo que temer. Jorge no espere V. que venga: los criados están lejos, y los mios muy alerta al pie de esa ventana, y si algun atrevido... Ya V. lo ve: armas tengo.

AMELIA.

Qué es lo que me pasa? ¡Dios mio!

VÁRNER.

Sosiéguese V. y no tiemble... ¿Cuándo puede inspirar terror un amante? Sí, cruel Amelia, amo á V. con la mayor ceguedad; y á pesar de sus continuos desprecios quiero librarla del mas horroroso infortunio. Es menester que V. se desengañe. Jorge está perdido, deshonrado, misera-

ble; y V. no lo ignora. Mañana no tendrá mas asilo que un calabozo. Esta es la suerte que le espera á V. con su marido. Rompa V. ese yugo de hierro; acepte el amparo de un protector, y gozará conmigo los placeres, la opulencia y toda clase de prosperidades; no amedrentada y oprimida como hasta aqui, sino en el seno de la sociedad, donde tantas gracias y atractivos deben lucir y ejercer su imperio.

AMELIA.

Malvado! No sé como he podido oir á V. sin caerme muerta de vergüenza y de indignacion. No: un alma semejante no es posible que pertenezca á la naturaleza humana. V. solo es la causa de los estravíos de mi esposo, y de los infortunios en que nos vemos. V. solo es quien ha pervertido su corazon contaminándole con los vicios que afean el suyo: V. quien le ha arrastrado á su perdicion y á su deshonra, queriendo completar sus crímenes con esta nueva ignominia!... Pero yo sabré arrancar á V. la máscara en presencia de mi esposo. Yo sabré.....

VÁRNER.

Es en balde. Esas amenazas no me intimidan, es forzoso que os vengais conmigo.

AMELIA.

Primero me daréis la muerte.

VÁRNER.

¡Amelia!

AMELIA. (*repara en la espada.*)

¡Cielos! Ya estoy libre (*la coge*): antes la

muerte que la infamia. (*va á echarse sobre ella y Várner acude á impedirlo.*)

VÁRNER.

Detente, temeraria.

(*le quita la espada y la arroja al suelo.*)

AMELIA.

Yo fallezco.....

(*Cae desmayada á un lado, con el pelo tendido por habérsele soltado el lazo al tiempo de caer.*)

VÁRNER. (*yendo á sostenerla.*)

¡Ah! (*golpes á la otra puerta.*)

## ESCENA XVIII.

*Los mismos, Jorge.*

JORGE. (*por afuera.*)

Abre, Amelia.

VÁRNER.

Vive Dios, que es Jorge! Peor es esto.

AMELIA. (*volviendo en sí.*)

Qué oigo! ¡mi marido!

JORGE. (*con fuerza.*)

Abre: despacha.

AMELIA. (*á Várner.*)

Huid, huid.

VÁRNER.

Por donde?... pero ya... Silencio! (*apaga las luces.*) Ved que si me vendeis quedais deshonrada. (*se mete en la caja.*)

JORGE.

¿Abres, muger, ó echo la puerta abajo? (*Da un golpe terrible que conmueve la puerta.*)

AMELIA.

No hay remedio: voy á morir!

*Va á abrir; pero no pudiendo sostenerse, cae sin conocimiento a un lado. Jorge da otra patada y abre la puerta, entra y tira la capa en las sillas.)*

JORGE.

¿Qué? ¡No hay aqui nadie!... ¿Qué oscuridad! qué silencio es este?... Juraria haber oido hablar en este cuarto. Sin duda fue efecto de mi perturbada imaginacion. Amelia duerme sin saber mis desgracias ni el riesgo que me rodea. ¡Gracias á la casualidad he logrado descubrirlo á tiempo! Y Várner me abandona en tan congojoso apuro! Y por fatalidad he perdido cuanto me quedaba! Destino infernal!... La fuga: no hay otro arbitrio... ¿La fuga? ¿solo?... No: es preciso que me acompañe Amelia. ¿Quién sino pudiera consolarme en tantas amarguras? Voy á despertarla... (*Va hácia la cama y tropieza con la espada de Várner.*) Mas ¿qué es esto? (*se baja y toma la espada.*) Una espada? ¡Santo Dios! No es mia. ¿Quien la ha traido aqui?... Alguno ha venido á esta alcoba... No hay duda. Sí: me acuerdo muy bien de que al llegar yo sonaba gente dentro, y despues que llamé cesó el rumor de todo punto. ¡O descubrimiento horroroso! Estoy vendido, vendido por ella... y en el instante mismo en que se conjuran contra mí todos los rigores del infortunio!... Tiemblen los pérfidos el furor de mi venganza! En su sangre

lavaré mi afrenta. Amelia, Amelia. (*Abre las cortinas de la cama, y tienta, recorre el cuarto y al fin tropieza con ella.*) Aqui está... yerta... moribunda. (*la levanta de un brazo.*) Amelia.

AMELIA. (*volviendo en sí despavorida.*)

Ay! ¡mi marido! (*se pone de rodillas.*) Perdon! perdon!

JORGE.

Perdon? de qué? Esa palabra atestigua tu delito!

AMELIA.

No, no... pero tiembla... huye. (*Jorge mira al rededor.*) No le busques: ya no está aqui.

JORGE.

Ya no está aqui?... Pérfida! mira esta espada que amenaza tu cuello: mírala, y responde á tu juez: ¿quien es tu indigno amante?

AMELIA.

No tengo amante ninguno.

JORGE.

El infame que estaba aqui, ¿quien era? dilo.

AMELIA.

No me atrevo, porque derramarias su sangre.

JORGE.

Sí: la derramaré... Infame, pondérame tus virtudes, échame en cara mis escesos. Sí, vil muger, que te aprovechas de mi desgracia para consumar la mas negra alevosía!... tu indigno cómplice morirá en tu presencia. ¿Donde se oculta? (*Empieza á mirar al rededor.*)

AMELIA.

No lo sé: yo no buscaba otra cosa que la muerte, y nada he visto.

JORGE.

Aqui está, y no saldrá vivo.

(*Registra todo el cuarto, y da empellones á la puerta que conduce á la escalera falsa.*)

AMELIA. (*agarrándole.*)

¡Por Dios, Jorge mio!

JORGE. (*forcejando por abrir.*)

Esta llave ¿donde está?

AMELIA.

No la tengo. Huye, vete por el otro lado.

JORGE. (*echándola de sí con cólera.*)

Huye tú, si no quieres perecer á mis manos.

(*Hace saltar la puerta y se va.*)

## ESCENA XIX.

*Amelia, Luisa, Várner, Rodulfo, y despues Jorge, que vuelve del gabinete. Mas tarde Dermont, Valentin, criados y soldados.*

AMELIA.

Dios mio! Dios mio! ¿No hay quien acuda á estorbar una desgracia?

(*Sale Luisa con una luz, y detras Rodulfo.*)

LUISA.

Aqui está el caballero Rodulfo, que quiere hablar con V.

AMELIA. (*corriendo hácia él.*)

¡Ah! Es un protector que el cielo me envia.

RODULFO.

Señora: vengo á buscar á su esposo de V., á quien dicen han visto entrar en su casa. Es pre-

ciso que se escape al momento: la calle está llena de soldados. (*Sale Várner del estuche, y pasando por detras de Rodulfo se entra en el gabinete tras de Jorge.*)

AMELIA. (*á Rodulfo.*)

¡Ah! señor! No me desampare V. Mi marido está fuera de sí: un error espantoso le tiene ciego, frenético, y esta habitacion va á inundarse de sangre.....

RODULFO.

¡Dios inmenso!... Qué ha sucedido?...

(*Várner conduciendo á Jorge que trae dos pistolas y señalando á Rodulfo.*)

VÁRNER.

Ahí tienes al seductor de Amelia.

JORGE.

Indigno! disponte á morir.

AMELIA.

Detente: ¿qué vas á hacer?

(*Amelia se pone delante de su marido: Luisa lleva como á la fuerza á Rodulfo al gabinete.*)

JORGE.

Apártate, infeliz: quiero saciar mi cólera: nada me detiene.

(*Aparta á Amelia de un empujon, entra en el gabinete detras de Rodulfo, y tira dos pistoletazos. Luisa da un gran grito, y Amelia cae desmayada. Al mismo tiempo se oyen voces por todas partes: vuelve á entrar Jorge y tras él Dermont y Valentin.*)

DERMONT.

Huya V., desventurado, pues toda resistencia es inútil. Un coche está pronto en la esquina inmediata.

TODOS. (*menos Amelia.*)

Huya V., huya V. sin tardanza.

(*Se oye ruido de pasos, armas y gritos.*)

JORGE. (*á Dermont.*)

Huiré, si: pero ya estoy vengado. (*á Amelia*) Tú, pérfida, me acompañarás, padecerás conmigo. (*La toma en brazos y escapa con ella por la puerta del gabinete. Dermont manifiesta estar horrorizado. Valentin cierra con fuerza la puerta del gabinete asi que ve salir á Jorge con Amelia, de modo que cuando llega Luisa, queriendo ir detras de sus amos, no puede salir y hace algunas esclamaciones. Al mismo tiempo se precipitan los soldados por la otra puerta: unos guardan la salida: otros separan á Valentin y á Luisa, y abren à culatazos la puerta por donde salieron los fugitivos; pero Luisa, que se ha puesto á mirar por la ventana, hace señas á Valentin de que se han escapado. — Cae el telon.*

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

# TREINTA AÑOS,

## ó

# LA VIDA DE UN JUGADOR.

## JORNADA TERCERA.

## *PERSONAS DE LA III.ª JORNADA.*

JORGE DE GERMANÍ, de edad de 55 años, mal vestido, avejentado mas bien por efecto de sus desgracias que por la edad, y en cuyas facciones se notan señales de un hombre desesperado y pronto á cualquier crímen.

VÁRNER, 56 años, mendigando y lleno de andrajos, con un morral al hombro, y en su rostro la espresion de la perversidad mas vil y consumada.

ALBERTO, hijo de Jorge y Amelia, de 22 años, militar.

BÍRMAN, amo de una fonda.

MAGDALENA, su muger.

ANDRES, criado de la fonda.

MARTA, criada de la misma.

Un Viagero, de 30 á 40 años.

AMELIA, 46 años, humildemente vestida, pero con decencia; sus facciones algo desfiguradas, fisonomía resignada y apacible.

ANITA, hija de Jorge y Amelia, de 8 á 10 años.

Criadas y mozos de la fonda, pasageros, aldeanos y soldados.

*Entre esta jornada y la anterior pasan otros quince años.*

*La accion sucede en Baviera, cerca de Munich; y la escena en una posada, y despues en la choza de Jorge.*

# TREINTA AÑOS,

ó

# LA VIDA DE UN JUGADOR.

---

## JORNADA TERCERA.

El teatro representa el patio ó corralon de una fonda junto al camino real: á la izquierda de los espectadores la casa con la muestra de un leon de oro: á la derecha la entrada de la bodega. Delante de la casa y de la bodega, y en algunos otros sitios del patio, habrá algunas mesas rústicas, y al rededor bancos.

## ESCENA PRIMERA.

*Magdalena, criadas y mozos de la fonda: otros destinados á las operaciones de una cervecería.*

MAGDALENA. (*saliendo de la casa.*)
Vamos, muchachos, darse prisa! Poned la mesa grande en la sala de los cien cubiertos. Ea! despacharse. Andres.

(*Andres sale con unos jarros de peltre ó de barro. Anda á la bodega á echar en los jarros la cerveza reciente. Mientras Andres va á la bodega, entran cuatro mozos con dos toneles de cerveza, y por otro lado una criada con dos cestos debajo del brazo.*) (*á los mozos.*)

Me alegro que vengais tan á tiempo, que hoy habrá gran despacho por ser la fiesta principal del pais. Bajad los toneles á la bodega. (*á la criada.*) A ver, qué traes ahí, Marta? pollos, conejos... bien está. Que vayan pelando esos pollos, y que asen un par inmediatamente, que hay que subir uno al huesped del cuarto núm. 5º

(*Andres y Marta entran á dejar lo que llevan, y vuelven á salir á la voz de Bírman.*)

(*Bírman aparece, y habla hácia los bastidores.*)

## ESCENA II.

*Bírman, Magdalena, los criados, &c.*

BÍRMAN. (*hácia los bastidores.*)

Desata la maleta, lleva la jaca á la caballeriza, y échale un puñado de cebada.

MAGDALENA.

Ya está aqui mi marido.

BÍRMAN.

A Dios, muger. (*da el capote y un lio á Marta y á Andres.*) (*mirando á los bastidores.*) Un puñado de cebada: ¿entiendes? (*á Magdalena.*) Vaya, muger, dame un abrazo. ¡Animal mas ligero!... ¡Dos leguas en tres cuartos de hora!...

MAGDALENA.

¿Viste al magistrado? Traes el permiso de poner encima de la puerta las armas de Baviera?

BÍRMAN.

¿Cómo si le traigo? Un escudo de dos varas

con sus letras de oro mas grandes que este sombrero... Ya verás, ya verás... Antes de seis semanas no se hablará de otra cosa en toda esta tierra que de la fonda del Leon de oro. No, no habrá otra mas concurrida en el camino de Munich. Toma, ahí tienes: á ver si no está á pedir de boca. (*Saca y entrega á su muger el permiso, y al mismo tiempo saca dos cartas y se queda con ellas en la mano.*)

MAGDALENA.

Y eso ¿qué es?

BÍRMAN.

Son unas cartas que traia el ordinario de Veisbruck, y me las dió en el camino. Toma, esta es para tu primo Julian: envíasela por cualquiera.

MAGDALENA.

¿Y esa otra?

BÍRMAN.

Esta otra es para un sugeto que no conozco, ni es de este pais.

MAGDALENA.

¡Que tontería!

BÍRMAN.

Lo que te digo. Es para un capitan frances, que viene de camino y tiene que parar en nuestra posada.

MAGDALENA.

¡Cosa estraña!

BÍRMAN.

Asi lo canta el sobre: ahí está, léelo.

MAGDALENA.

Es verdad... *En casa de Bírman, posada del Leon de oro, en el camino de Munich.* Bueno! guárdala, y cuando llegue el capitan frances se la darémos.

BÍRMAN.

¡Que duda tiene! (*guarda la carta*) Y que tal? Han venido gentes durante mi ausencia?

MAGDALENA.

Sí: anoche vino un comerciante, y se va esta mañana; pero, vamos, cuéntame como te ha ido.

BÍRMAN.

Sábete qué aqui donde me ves he almorzado con el juez en su misma mesa.

MAGDALENA.

¿De veras?

BÍRMAN.

¡Qué vino, amiga! ¡Qué pastelon de liebre! y qué hombre tan escelente es el tal magistrado! Ah! A propósito del pastelon... no del magistrado, tengo un noticion que darte. No es cosa: un noticion que será muy celebrado en toda esta tierra.

MAGDALENA.

Vamos, despacha.

BÍRMAN.

¿Te acuerdas de aquel picaron que apareció por aqui hace dos años y que, segun dijo, venia de Bohemia, de Ungría, qué se yo? de los infiernos, con su muger y una chica?... aquel

hombre de tan mala traza, que vive en el monte rojo?

MAGDALENA.

¿A qué tantas señas? Jorge: ¿no es eso?

BÍRMAN.

El mismo. Pues señor, á cajas destempladas le van á echar de este pais.

MAGDALENA.

¿Qué me dices?

BÍRMAN.

Por fuerza. Está debiendo un año de alquiler de la barraca y otro de contribucion, y no hay remedio, le echan á la calle. Ya tú ves: como todos se guardarán muy bien de darle abrigo en su casa, le harán salir de la comarca, como á todo vago que no tiene oficio ni beneficio.

MAGDALENA.

¡Que bien hecho!... pero, la verdad... por otra parte su pobre muger y su chica me dan mucha compasion.

BÍRMAN.

Tendrán que tomar el portante con él. Toma, si he visto yo la orden escrita en papel sellado y con todos sus requisitos. Y á nosotros nos trae mucha cuenta: eso es otra cosa. Pues ¿no es bueno que desde que ese hombre vive en el monte rojo están las gentes mas atemorizadas que si hubiera en él una manada de lobos? De noche nadie se atreve á pasar por el camino de Kleinfeld, y antes de ponerse el sol se van mas que de paso nuestros huéspedes por no encon-

trarle. Lo menos que he dejado de despachar por causa suya son veinte barriles de cerveza. Cuando pasa por aqui algun domingo y entra á beber, todo el mundo toma su vaso y se vá huyendo de la mesa á que se sienta. No parece sino que le persigue la maldicion.

MAGDALENA.

Yo no soy como tú, que siempre te dejas llevar de lo que otros dicen. Tambien has estado en la creencia de que ese pobre fue el que mató al caminante que se encontró asesinado el mes anterior en lo mas hondo del despeñadero.

BÍRMAN.

Y qué? Soy yo solo el que tiene esa sospecha?

MAGDALENA.

Pues yo no creo semejante cosa: sino ¿cuándo hubiera ido á su barraca, como fuí la semana pasada?

BÍRMAN.

Como? muger, ó diablo! ¿A eso te atreviste?

MAGDALENA.

Es que no estaba alli Jorge; pero ví á su pobre muger y á su niña. Válgame Dios! que infelicidad aquella! Un florin les di de limosna; porque, la verdad, al ver su miseria se me partió el corazon.

BÍRMAN.

Hiciste muy mal.

MAGDALENA.

¡Si no tenian ni un pedazo de pan que llevar á la boca!

BÍRMAN.

Digo que fue muy mal hecho! Al holgazan no se le debe..... (*ruido dentro.*)

ALDEANOS *y* PASAGEROS.

¡Ola! señora Magdalena! que nos traigan de beber. (*van entrando gentes y los criados salen á servirlas.*)

MAGDALENA.

Ya salen las gentes de la iglesia, y se irán á tirar al palomo á la plaza. Quédate ayudando á los muchachos, que yo voy á dar una vuelta por la cocina.

LAS GENTES. (*repartidas por las mesas.*)

Vamos: de beber.

BÍRMAN.

Hijos, allá voy. Chicos, traed vasos: tened un poco de paciencia..... (*Los mozos traen vasos vacíos, y Bírman entra en la bodega.*)

## ESCENA III.

*Los precedentes, los criados que entran y salen. Jorge.*

(*Se ven sentados á las mesas aldeanos, caminantes, caleseros, &c. bebiendo cerveza y con varios jarros junto á sí. Algunos se ponen á jugar á los naipes. En el momento en que Bírman entra en la bodega y su muger en la casa, aparece Jorge, pobremente vestido, con semblante abatido y pálido, y ojos errantes y melancólicos. Asi que le divisan los bebedores*

*se hacen señas unos á otros: los que juegan, dejan de jugar; los demas se levantan. Jorge entra muy despacio y sin fijar su atencion en nadie, se adelanta hasta la mesa que está junto á la puerta de la casa, y se sienta en uno de sus bancos.—Dos aldeanos que se hallaban sentados en ella se ponen en pie, y se alejan llevándose los vasos y las jarras consigo. Jorge no hace alto en nada, como un hombre abismado en reflexiones melancólicas. Luego que los aldeanos se levantan y se van á otra parte, sale Bírman con un cántaro de cerveza.*

BÍRMAN.

Ea! No hay que impacientarse qué ya está aqui la cerveza. Digo, donde se vá? porqué mudais de asiento? (*los aldeanos le señalan á Jorge con el dedo.*) A Dios! ya está entendido... el hombre de la montaña. (*En este momento vuelve Magdalena. Bírman saliéndola al encuentro hasta el medio del teatro, y señalando á Jorge.*)

BÍRMAN.

Ahí le tienes; mira: ¿ves como sucede lo que acabo de decirte?

MAGDALENA.

¡No adviertes qué pálido está, qué decaido! Voy á ofrecerle un trago.

BÍRMAN.

¿Cómo un trago? deja, verás como yo le despacho en menos que lo digo.

MAGDALENA.

Mira que no le trates mal.

BÍRMAN.

Déjame á mí, que yo... digo: eh! señor Jorge. (*Jorge levanta la cabeza, fija la vista en Bírman y este le saluda como con miedo.*)

JORGE.

Qué quiere V.?

BÍRMAN.

Es... que... ya se ve... V. perdone: preguntaba si necesitaba V. alguna cosa.

JORGE.

Nada mas que descansar un poco en este banco.

BÍRMAN.

Ya sé que eso á nadie se le niega; pero como habia gentes á esa mesa.....

JORGE.

Hallándose este banco desocupado, creí tener derecho de sentarme en él.

BÍRMAN.

Lo que es derecho... yo le diré á V.; es conforme. (*su muger le tira de la ropa.*) Déjame hablar, muger; ¿piensas que tengo miedo? (*á Jorge.*) Podrá haber derecho, cuando se pide alguna cosa, pero no es regular echar de su sitio á nadie, y mas cuando no se hace gasto...

JORGE. (*levantándose y mirándole con malos ojos.*)

V. tiene muy poca caridad, amigo.

BÍRMAN.

Oh! Caridad!... es que muchas veces...

MAGDALENA. (*á su marido.*)

Mira que vas á tener que sentir.

JORGE. (*con desaliento.*)

Nada puedo pedir, porque no tengo dinero; pero he andado mucho, y si V. me hiciera favor de darme un vaso de agua, pudiera tal vez continuar mi camino. (*Bírman y su muger se miran uno á otro enternecidos.*)

BÍRMAN. (*á su muger.*)

El pobre tiene sed.

MAGDALENA.

Y no pide mas que agua.

BÍRMAN.

Mira, muger, ¿quieres creer que me da lástima? Ya no tengo yo valor para echarle fuera.

MAGDALENA.

No se trate de eso: al cabo es un infeliz. Dale un vaso de cerveza y un pedazo de pan.

BÍRMAN.

Tienes razon, voy á traérselo: asi como asi es la última vez, porque mañana le harán mudar de aires.

MAGDALENA.

De ese modo métele en el pan alguna tajada. Anda ligero.

(*Al volverse Bírman, ve que Jorge va á salir.*)

BÍRMAN.

Eh! buen hombre! Aguarde V., y estese quieto, que voy á traerle alguna cosa.

JORGE.

¿Con qué cara he de volver á mi choza sin llevar pan á mi muger y á mi hija? ¿Cómo podré resistir sus lamentos ni oir sus sollozos, sin

tener con que aplacar el hambre que padecen? ¿Cómo he de tener ánimo para decirlas: Ya no tenemos el menor albergue, porque nos echan de esta miserable cabaña? Mañana no habrá para nosotros mas abrigo que el hueco de alguna peña? (*mira al rededor de sí*) Si hubiese encontrado algun caminante.... (*Hace un movimiento propio de un hombre que se horroriza.*)

MAGDALENA. (*volviendo á él.*)

Parece que está V. muy cansado.

JORGE.

Como quien no ha dejado de andar en toda la noche.

MAGDALENA.

¿En toda la noche? Vendrá V. de hacer algun viaje.

JORGE.

No.

MAGDALENA.

Pues ¿de donde viene V.?

JORGE.

Del bosque.

(*Magdalena se aparta de él despues de hacer un estremo que indique el horror que le ha causado su respuesta. Bírman llega y pone sobre la mesa de Jorge un vaso de cerveza y un pedazo de pan con un poco de carne encima. Al mismo tiempo sale de la casa el viagero de quien se ha hablado, y se pone á mirar á Jorge en ademan compasivo.*)

## ESCENA IV.

*Los dichos, el Viagero.*

BÍRMAN. (*á Jorge.*)

Vaya! no diga V. que el posadero del Leon de oro no tiene caridad. Coma V. un bocado y beba un trago, y que la Providencia guie sus pasos, si lo merece.

(*Deja lo que trae y se aparta. Jorge que tiene el vaso levantado para beber con ansia, al oir la palabra* Providencia *se queda parado.*)

JORGE. (*aparte.*)

La Providencia! (*da un profundo suspiro, y despues recobrándose un poco, parte el pan por el medio, y esconde la mitad en un bolsillo.*) Para mi familia.

(*Se pone á comer la otra mitad ansiosamente: el viagero le mira y se acerca á él.*)

EL VIAGERO. (*contemplando á Jorge con compasion.*)

¡Desventurado!

MAGDALENA. (*á su marido.*)

Ese es el pasagero que te dige, y va á seguir su camino á Munich... Servidora de V., caballero. ¿Ha dormido V. bien? ¿Ha estado bien asistido?

EL VIAGERO.

Perfectamente, patrona... Dígame V., patron: ¿hay muchos pobres en el pais?

BÍRMAN.

No, señor, á Dios gracias. Aqui no hay mendigos.

EL VIAGERO.

¿Quien es pues ese infeliz?

BÍRMAN.

Ah! Por lo que toca á ese hombre... es cosa distinta. Es un estrangero que vive actualmente no muy lejos de aqui, y se cree que ha venido de Francia.

EL VIAGERO.

Me da gran lástima porque veo que su comida es sobrado escasa para lo que indica su apetito. Antes de montar á caballo quiero darle un socorro. Haga V. que me traigan á esa misma mesa una botella de vino bueno, para tomar la espuela. Me parece que á ese pobre hombre no le pesará beber un par de tragos.

BÍRMAN.

Pero ¿cómo? Va V. á beber con él mano á mano?

MAGDALENA.

Déjale, hombre; ¿qué te importa? Despacha tu botella, y no te metas en mas. Marta, ve corriendo á la bodega, y sube una botella de las del rincon: ¿estás? de aquellas del lacre verde.

(*vase Marta.*)

EL VIAGERO. (*á la patrona.*)

Hágame V. favor de traerme la cuenta, que me precisa entrar en Munich temprano.

MAGDALENA.

Vengo al instante: mientras saco la suma.

(*Se sienta Magdalena, y tomando su pizarra se pone á escribir. Marta sube con la botella y un vaso, y el viagero le hace seña de que la ponga en la mesa donde está Jorge. Marta lo hace asi, pero como maravillada de ello. Jorge hasta este punto abismado en sus pensamientos y comiendo de prisa, no ha puesto atencion en el viagero. Este echa vino en su vaso, y despues toma el de Jorge; derrama el resto de la cerveza, y lo llena de vino. Entonces es cuando Jorge levanta la cabeza, y le mira sorprendido.*)

EL VIAGERO. (*sonriéndose de la sorpresa de Jorge.*)

Pruebe V. ese vino, buen hombre, que me parece dará mas calor á su estómago que la cerveza. (*alarga el viagero su vaso para tocar el de Jorge, que le mira asombrado y al fin alarga el suyo. Los concurrentes hacen un movimiento maquinal como queriendo estorbarlo pero Bírman los contiene, indicándoles que es un pasagero que no conoce á Jorge.*

EL VIAGERO. (*brindando.*)

A la misericordia de Dios, que nunca falta al socorro de los desgraciados.

(*Jorge volviendo la cabeza, hace ademan de poner el vaso en la mesa.*) Beba V., buen amigo (*Jorge le mira, y beben á un tiempo.*)

JORGE.

¡Cuánto me reanima este vino!

EL VIAGERO. (*sonriéndose.*)

Me alegro: (*echa de nuevo en el vaso.*) Vay

otro trago. (*brindando.*) A que tengamos tiempos mas felices.

JORGE. (*aparte.*)

Sí: ¡tiempos mas felices!... y mañana sin asilo! (*beben.*)

BÍRMAN. (*á su muger.*)

¿Querrás creer que tengo miedo de que por esta accion le ha de sobrevenir al pasagero alguna desgracia?

MAGDALENA. (*echando su cuenta.*)

Cuatro y dos seis... Déjame que me haces equivocar.

EL VIAGERO.

Dígame V. buen hombre, ¿conoce V. bien el pais?

JORGE.

Perfectamente.

EL VIAGERO.

Me han dicho que hay un camino de aqui á Munich mas corto que la calzada.

JORGE.

Sí, señor: el del monte rojo. Se ataja una mitad.

EL VIAGERO.

La ventaja no es despreciable por cierto. ¿Se puede ir á caballo?

JORGE.

Muy bien, sabiendo la senda. (*mirándole con mayor atencion.*) V. no parece de esta tierra.

EL VIAGERO.

No; vengo de Suiza, y voy hácia el norte.

AMGDALENA. (*viniendo de su mesa.*)

Aqui tiene V. la cuenta: cena, cama, desayuno, y el gasto del caballo, cinco florines, sin contar la botella.

EL VIAGERO.

No es ningun esceso.

(*Saca un bolsillo lleno de monedas de oro, echando porcion sobre la mesa: Jorge hace un movimiento y se pone á mirar el dinero.*)

JORGE.

¡Cuánto oro!

EL VIAGERO. (*alargando la mano con el dinero á la patrona.*)

Tenga V., señora; y crea que no olvidaré su posada. A la vuelta le haré á V. otra visita.

MAGDALENA.

Señor, mil gracias.

EL VIAGERO. (*poniéndose en pie.*)

Disponga V. que coloquen mi maleta en el caballo, y le saquen fuera.

MAGDALENA.

Al momento.

JORGE. (*aparte.*)

Si toma el camino del monte, es preciso ir á esperarle... á quien? á un hombre que acaba de socorrerme?... No: jamas!... Más vale huir al instante. (*Jorge se va á marchar.*)

EL VIAGERO. (*para sí.*)

Mejor será no perder la ocasion... en dia festivo no será fácil encontrar guia... este pobre (*se vuelve hácia Jorge que está ya junto al bastidor.*)

Oiga V., buen hombre, no se vaya V. Tengo que llegar á Munich temprano, y por eso determino tomar el atajo que V. me ha dicho; pèro temo perderme entre esos montes. Si V. quisiera servirme de guia.

JORGE.

Yo!

EL VIAGERO.

Le pagaré á V. bien su trabajo.

BÍRMAN.

Pues cierto que la idea.....

(*Magdalena le contiene.*)

JORGE.

Servir á V. de guia?... De ningun modo.

EL VIAGERO.

Porqué? V. sabe bien el camino, y ganará un par de florines. Estando V. necesitado como parece, sacará un buen jornal.

JORGE.

Tiene V. razon... Está bien... iré con mucho gusto.

EL VIAGERO.

Pues de ese modo apure V. la botella, y echemos á andar.

JORGE. (*volviendo á la mesa á beber.*)

Cielos! apartad de mí esta tentacion horrorosa!

BÍRMAN. (*á su muger.*)

Te repito que se lo voy á decir; que no quiero cargos de conciencia: ya lo sabes. (*al estrangero.*) Con perdon de V.....

MAGDALENA.

¿Qué vas á hacer, mentecato? ¿No es una inhumanidad impedir que ese pobre gane un buen jornal, estando en la última miseria? ¿Qué hay que temer en un dia festivo y en la fuerza del sol, cuando los caminos todos están llenos de gente? Acuérdate de que ese infeliz con su muger y su hija tendrán que echar á andar mañana sin el menor recurso, y con lo poco que gane podran emprender su marcha, quedando nosotros de una vez libres de ese cuidado.

BÍRMAN.

En esa parte no te falta razon; pero si por una casualidad.....

(*Durante este coloquio toma el viagero su capa y se dispone á marchar.*) (*Sale Andres.*)

ANDRES.

Ya tiene V. el caballo á la puerta grande.

EL VIAGERO.

Vamos allá. Ea! patron, y V., patrona: hasta la vuelta. Echemos á andar, buen hombre.

(*á Jorge.*)

MAGDALENA.

Que lleve V. buen viage.

BÍRMAN.

Que llegue V. con salud. Procure V. no detenerse en el camino para llegar con sol á la ciudad.

MARIDO *y* MUGER.

Hasta la vista. (*vanse el viagero y Jorge.*)

(*Se oyen instrumentos campestres.*)

## ESCENA V.

*Bírman, Magdalena, y los bebedores.*

BÍRMAN.

¡Ola! Ya pasan los de la fiesta: ya van todos los mozos á la plaza á tirar al palomo.

(*Al oir la música que suena, los que están bebiendo pagan y se van.*)

UNOS.

Patrona, aqui está el dinero.

OTROS.

Vamos á ver la funcion.

(*Se van todos: Magdalena entra en la casa con las criadas, y Bírman con Andres en la bodega. Al mismo tiempo aparece un militar jóven, que es Alberto de Germaní.*)

## ESCENA VI.

*Alberto solo, y despues Bírman.*

ALBERTO. (*con su cartera en la mano.*)

La fonda del Leon de oro, en la calzada de Munich... Aqui es sin duda donde, segun mi itinerario, debo detenerme y adquirir nuevas noticias... Ola! ¿No hay nadie?

ANDRES. (*de prisa.*)

Señor, ¿qué manda V.?

ALBERTO.

¿Donde está el amo de casa?

ANDRES.

Al momento vendrá. Voy á llamarle. (*vuelve Andres á entrar en la bodega.*)

ALBERTO. (*poniendo la capa sobre una mesa.*)

¿Si habrá llegado el término de mis fatigas? ¿Si al fin querrá Dios que tenga la dicha de hallar á los que me dieron el sér? ¿A mi madre tan virtuosa como desgraciada, y á mi padre, que aunque demasiado criminal, debe haber espiado sus faltas en quince años de destierro, y sin duda de penalidades y trabajos? Mucho tiempo hace que hubiera yo acudido en su socorro; pero hasta la muerte de mi tio, cuyos beneficios me imponian la obligacion de no abandonarle en sus últimos dias y de estar sometido á su obediencia, no he tenido libertad de seguir los impulsos de mi corazon. En fin soy libre, y no tendré un solo momento de alegría hasta que llegue á descubrir su paradero. ¡Gracias á Dios, que he llegado á averiguar que al cabo de mil desventuras han venido á establecerse en estos contornos!

(*Bírman y Andres vuelven de la bodega, trayendo el último un canasto de botellas.*)

BÍRMAN.

Lleva esas botellas allá dentro. (*al forastero*) Señor, sea V. muy bien venido. ¿Se ofrece algo en que servir á V.?

ALBERTO.

¿Es V. el amo de esta posada?

BÍRMAN.

Servidor de V., pero, aguarde V... si no me

engaño... V. es estrangero y militar?

ALBERTO.

Soy frances.

BÍRMAN.

¿Viene V. de Munich?

ALBERTO.

Ahora mismo acabo de llegar.

BÍRMAN.

Al instante lo dije. ¿No tiene V. que recibir una carta en la fonda del Leon de oro?

ALBERTO.

Justamente iba á preguntar por ella.

BÍRMAN.

Sin embargo... aunque V. perdone, sírvase decirme cómo se llama?

ALBERTO.

Me llamo Alberto de Germaní.

BÍRMAN. (*repasando el sobre.*)

Alberto de Germaní... Capitan... Pues, señor, no hay duda: aqui la tiene V.

ALBERTO. (*tomando la carta.*)

Ah! Esta carta es para mí de la mayor importancia. Toda la felicidad de mi vida está pendiente de su contenido. (*la abre y la lee con los ojos.*)

BÍRMAN. (*aparte.*)

¡Con qué ansia la lee!.. Capitan frances... tan jóven... Milagro será que no sea algun billete amoroso!

ALBERTO. (*para sí.*)

Sí: esto confirma... ¡Válgame Dios!... tan cerca!... (*á Bírman.*) Diga V., amigo.

BÍRMAN.

Mande V. lo que guste.

ALBERTO.

Necesito al instante saber ciertas noticias, y si V. me quiere ayudar á lograrlo, cuente con una buena gratificacion.

BÍRMAN.

Esplíquese V. pues, mi capitan, que yo no deseo otra cosa.

ALBERTO.

V. es preciso que conozca á todos los habitantes de este distrito?

BÍRMAN.

A buen seguro: sin escepcion ninguna.

ALBERTO.

¿Y no hay en él un estrangero como de unos cincuenta años, que me parece debe estar pobre y ha de vivir muy retirado?

BÍRMAN.

No, señor: por esas señas no caigo en tal hombre.

ALBERTO.

Sin embargo me aseguran que de dos años á esta parte el sugeto de quien hablo se halla establecido en estas cercanías.

BÍRMAN.

¿De dos años á esta parte?

ALBERTO.

Ciertamente, y aun dicen que ejerce el oficio de leñador.

BÍRMAN.

Calle V... A menos que sea... pero qué? No

puede ser. ¿No me dirá V. como se llama?

ALBERTO.

Su nombre es Jorge, si no le ha ocurrido tomar otro.

BÍRMAN.

Jorge!... lo mismo que yo me figuraba... Un hombre fuerte, robusto. Pues no le he de conocer?

ALBERTO.

¿Con qué V. le conoce?

BÍRMAN.

No me alabo de eso, no: ni crea V. que es amigo mio, ni por pienso.

ALBERTO.

No hable V. mal de él, y dígame: ¿conoce V. tambien á su muger?

BÍRMAN.

Sí, señor: oh! por lo que hace á su muger, es cosa diversa. Es muy buena, muy humilde; por eso yo.....

ALBERTO. (*limpiándose el rostro.*)

¡Ah! Madre querida! ¡Cuándo la verán mis ojos!

BÍRMAN. (*aparte.*)

¡Qué enternecido está!

ALBERTO.

Acabe V. de informarme, amigo mio. ¿Donde se hallan actualmente?

BÍRMAN.

A cosa de una legua de este lugar, á medio camino de la ermita del monte rojo, en una miserable choza construida contra las paredes de una capilla arruinada cerca del barranco hondo.

ALBERTO.

Santo Dios! Segun eso lo pasan muy mal!

BÍRMAN.

En la mayor miseria... Habrá un cuarto de hora que Jorge ha estado aqui. Ahí en ese banco estuvo sentado un buen rato.

ALBERTO.

¡Aqui mismo!

BÍRMAN.

Por cierto que yo le dí un pedazo de pan de limosna. Justamente salió poco antes que V. entrase, porque fue sirviendo de guia á un pasagero suizo. Quiera Dios que le ponga en salvo!

(*Alberto cae medio desmayado en una silla.*)

Mas ¿qué es eso, señor? ¿Está V. malo? ¡Dios mio! Se ha puesto V. tan pálido... Quiere V. tomar alguna cosa?

ALBERTO. (*procurando recobrarse.*)

Sí: no será malo. Sin duda el haber caminado mucho, y tal vez el poco alimento habrán sido la causa.

BÍRMAN.

Magdalena, Marta, Andres, muchachos.

## ESCENA VII.

*Los mismos, Magdalena, Andres, María y otros mozos.*

MAGDALENA.

¿Qué es lo que sucede?

BÍRMAN.

Trae corriendo un vaso de vino al Sr. Oficial.

ALBERTO.

No es menester, señora: doy á V. las gracias, pero no puedo detenerme mas. Tengo que marchar inmediatamente. Esta tarde llegarán á Veisbruck mis criados con el equipage; y para mañana tendran VV. dispuestas dos habitaciones las mejores de la casa para alojar á mi familia.

MAGDALENA.

Ola! A su familia de V.?

BÍRMAN.

¿Y piensa V. marchar ahora mismo?

(*El tiempo se oscurece y se pone tempestuoso.*)

ALBERTO.

Sí: aqui dejo adelantadas esas monedas. (*echa en una mesa algunas monedas de oro.*) Por ahora solo quiero que me indiquen VV. el camino del monte rojo, y la barraca de Jorge.

(*Sorpresa general.*)

BÍRMAN.

¿La barraca?

MAGDALENA.

¿Habla V. de veras, señor capitan? No haga V. por Dios semejante desacierto.

ALAERTO.

Cada instante que pasa es un tormento para mi corazon. (*Se ven relámpagos.*)

BÍRMAN.

Pero, señor, irse sin desayunarse?

MAGDALENA.

Y con el tiempo que está haciendo: los relámpagos anuncian una gran tempestad.

ALBERTO.

No hay nada en el mundo que me detenga: hágame V. favor de enseñarme el camino.

(*ruido y música lejos.*)

MAGDALENA.

Ahí tiene V. á los muchachos del pais que vienen á refugiarse en el pueblo, huyendo de la tormenta. Ya llueve y se oyen truenos. (*llueve y truena.*)

ALBERTO.

Sin embargo no puedo detenerme. ¿Cual es el camino de la choza?

BÍRMAN.

Puesto que V. se empeña, se lo diré á V. Atraviese V. el lugar, deje V. el bosque á la izquierda, siga el sendero mas ancho, y luego siempre subiendo, siempre.

MAGDALENA.

Y tenga V. cuidado de no acercarse mucho á los despeñaderos, que son muy peligrosos.

(*Vase Alberto.*)

BÍRMAN.

Cuidado con no pararse en el camino. Vamos adentro y traed las mesas que llueve mucho.

(*Entran en la casa despues de recoger las sillas y mesas del patio.*)

(*Múdase el teatro y representa la barraca de Jorge á la caida de un monte árido, silvestre y rodeado de precipicios.*)

(*Lo interior de la barraca ocupa como la mitad del teatro, hácia el foro, y todo su ancho. A la izquierda del espectador se ve un hogar ó*

*chimenea sin fuego. Un poco mas allá una cortina de sarga ú otra tela ordinaria hecha girones, que oculta una cama muy humilde, de la cual se descubrirá un poco. A la derecha habrá un cuarto, cuya puerta estará abierta. El fondo de esta miserable barraca tendrá dos ventanas, por las cuales se descubre el triste y árido pais de las montañas. Entre las dos ventanas estará la puerta, formada de unas tablas sin labrar y mal unidas. El techo de la cabaña no ocupará toda la altura de la escena, pues por encima se han de descubrir los montes formando como un anfiteatro de rocas y precipicios, atravesadas de sendas que se cruzan. En el punto mas lejano y alto del foro, y cumbre del monte, se verá la ermita. Todo lo interior de la choza presenta el aspecto de la miseria: habrá una mesa hecha de dos tablas sin labrar, y en ella dos rollos de hacer encajes; cuatro sillas viejas, y algun otro mueble por el mismo estilo; un cántaro; varios platos ordinarios en un ruin vasar: á un rincon un hacha de partir leña.*

## ESCENA VIII.

*Amelia, y poco despues Anita.*

(*El tiempo está nebuloso, el viento sopla con fuerza, y de cuando en cuando se ven relámpagos. Amelia saliendo del rincon en que está la cama y la cortina, se presenta con algunas*

*muestras de temor, pero mas de abatimiento.*)

AMELIA.

La tormenta crece y se va acercando á estas montañas; el viento hace temblar este miserable albergue, y Jorge no ha parecido desde ayer! Quizá no habrá hallado trabajo ni socorro alguno... ¿Qué será de nosotras si no vuelve esta noche, ó si no trae un pedazo de pan para su hija? (*truenos lejanos.*) Ay Dios! Los truenos van á despertarla! (*se acerca con cuidado hácia el sitio donde está la cama.*) Aun duerme. ¡Pobre criatura! Dios prolongue tu sueño, y evite á tu pobre madre el dolor de oirte decir: tengo hambre. (*Llora sin sollozar, los truenos se aumentan y el viento silba.*) Mas ¡ay! que no son lágrimas lo que la naturaleza me pide en auxilio de mi hija. Acabemos cuanto antes esta labor, y si Jorge no trajere nada, iré al pueblo á venderla asi que esté concluida. (*Toma uno de los rollos y se sienta á trabajar.*) Si los cielos tienen decretado que he de pasar la vida en tanta miseria ¿porqué han querido que fuese madre dos veces? Mi Alberto á lo menos será mas feliz. ¿Qué suerte le habrá cabido? Era un niño cuando le abandoné: ahora ya debe ser mozo, y ¡ay! yo propia no le conoceria. ¿Seré tan desgraciada que no tenga el gusto de volver á verle? (*Se limpia el rostro: la tempestad rompe con mas fuerza, el viento se embravece, y la puerta del fondo cae desquiciada en medio de la choza. Amelia se levanta asombrada y da un grito: se oye otro*

*grito dentro, y sale Anita de la alcoba atemorizada y se arroja en los brazos de su madre.*)

LAS DOS Á UN TIEMPO.

Mamá!... Hija mia!

ANITA.

Estoy temblando de miedo.

AMELIA. (*mirando al rededor aterrada.*)

¡Ay Dios! Si el viento se aumenta... Tu padre asegurará la puerta como otras veces.

ANITA.

¿Ha vuelto Papá?

AMELIA.

No ha vuelto aun. ¿Donde estará? Dios mio!

ANITA.

No llores, mamá: le esperarémos juntas.

AMELIA. (*turbada.*)

¡Pobre niña!

ANITA.

Mira, mamá; ya no tengo sueño: ¿quieres que hagamos labor?

AMELIA.

Sí, hija mia; que quisiera acabarla cuanto antes. (*la chica toma su rollo y se ponen las dos á trabajar.*) Trabaja tú tambien y ten buen ánimo.

ANITA.

Ánimo tengo, mamá; pero no puedo trabajar.

AMELIA.

¿Porqué, hija mia?

ANITA.

Porque tengo mucho frio.

AMELIA. (*dejando de pronto su labor.*)

¡Válgame Dios! No sé con qué abrigarte,.. ven acá, Anita, que yo te abrigaré en mi regazo. (*Se oyen pasos.*) Dios mio! ¿Si vendrá alguno á socorrernos?... (*Anita se escapa de los brazos de su madre y echa á correr hácia el foro.*)

ANITA.

Es papá, que ya viene.

AMELIA. (*levantándose de prisa.*)

¡Gracias á Dios!

## ESCENA IX.

*Las mismas, Jorge.*

(*Jorge entra presuroso y aterrado con un cesto de comestibles en la mano. Se nota cierta alteracion en sus facciones, y sus miradas serán lúgubres é inquietas: deja el cesto en el suelo, cubierto con una servilleta.*)

AMELIA.

¡Ah! Jorge mio! Que alegría siento al verte entre nosotras!

ANITA.

Si vieras, papá! Hemos tenido tanto miedo!

JORGE.

Miedo? De qué?

AMELIA.

De la tormenta. ¿Y á tí no te ha sucedido ningun contratiempo?

JORGE.

¿Qué es lo que quieres darme á entender con esa pregunta?

AMELIA.

Como has pasado la noche fuera...

JORGE.

Ah!... cierto!... No, no me ha sucedido nada. (*Da el palo y el sombrero á la niña, quien los pone en un rincon.*)

AMELIA.

Ya estoy tranquila: pero ¡con qué impaciencia e estabamos esperando!... ¿Has adquirido algun socorro?

JORGE. (*señalando al cesto.*)

¿No ves lo que traigo?

AMELIA. (*descubriendo el cesto.*)

Cielos! ¿Quien se ha dignado de socorrernos con tanta generosidad?... A tu continuo afanar, tal vez á tus oraciones debemos agradecer cada dia... Ven, Anita, ven, y da gracias á la mano benéfica... pero ve primero á abrazar á tu padre. (*Anita corre á abrazar ansiosa á su padre, que la aparta de sí con horror.*)

JORGE.

No des gracias á nadie.

(*Amelia admirada toma á su hija de la mano, y ambas disponen la mesa.*)

JORGE. (*despues de un rato de silencio.*)

Date prisa, que estoy rendido de fatiga... tengo una sed ardiente... la sangre hierve en mis venas... despáchate pronto. (*se sienta á la mesa.*)

AMELIA.

Ya está... en efecto, te encuentro abatido y desfigurado, como si estuvieses enfermo ó hubieses padecido mucho.

JORGE.

Enfermo? Padecido?... ¿Qué importa?... Por fin hoy no os faltará... alegrémonos... échame vino, y con eso me reanimaré un poco.

(*Pone una tajada en su plato: Amelia echa vino en el vaso: Jorge va á beber, y al llegarle á los labios vuelve á dejar el vaso sobre la mesa, y sin probar nada se pone en pie.*)

JORGE.

No, guardadlo para vosotras: yo no quiero nada. (*Va á sentarse al otro estremo de la choza.*)

AMELIA. (*levantándose.*)

Qué? No tomas ni un bocado, Jorge?... pues no estabas diciendo.....

JORGE.

Sí; tengo sed... Anita, tráeme un vaso de agua.

AMELIA. (*echa agua del cántaro en el vaso, y se le da á su hija.*)

Toma, llévaselo á tu padre.

ANITA.

Ten, papá. (*Jorge toma el vaso, bebe, y se lo vuelve á Anita, que exclama*) ¡Ay, mi Dios! ¿Papá, estás herido? Tienes sangre en la mano.

JORGE.

¡Sangre!

AMELIA.

¿Sangre? ¿Te has hecho daño?

JORGE. (*levantándose.*)

No: trepando por las peñas me dí un golpe

ligero... es una rozadura... no es nada. Tengo frio: enciende fuego.

AMELIA.

Con qué?

JORGE. (*con risa falsa.*)

Es verdad... no tenemos leña. Pero á pesar de eso... alégrate: nuestra suerte va á mejorar... pronto dejarémos esta choza miserable.

AMELIA.

Cómo?

JORGE.

Mañana al amanecer tenemos que echar á andar. Ayer el juez de Kleinfeld me entregó esa providencia al tiempo que yo le estaba pidiendo de rodillas un mes de moratoria para el pago de las contribuciones. Toma y léela. (*le entrega un papel.*)

AMELIA.

Santo Dios! ¿Con que ya ningun asilo nos queda?

JORGE. (*ajando el papel.*)

¿A qué viene ese llanto? Te aflige el haber de abandonar esas cuatro tablas, incapaces de resguardarte del viento y de la lluvia? Ya no volverás á dormir sobre esas pajas regadas con tus lágrimas. Vamos á dejar para siempre esta zahurda de dolor y de miseria. (*Se impacienta al ver á Amelia con las lágrimas en los ojos.*) ¿No te he dicho ya que va á acabarse nuestra mala suerte? Mañana tomarémos el camino para cualquiera ciudad populosa, Viena, Berlin, Hamburgo.....

AMELIA.

¡Cada vez mas distantes de Francia, mas lejos de mi hijo!

JORGE.

No hay otro remedio. Ese hijo no hay que contar con él: su tio le habrá acostumbrado á maldecir á sus padres.

AMELIA.

Y ¿como podrémos hacer tan largo viage sin recurso alguno?

JORGE.

¿No has visto con que abundancia he provisto á las urgencias de este dia? (*saca del bolsillo un puñado de monedas de oro.*) Toma, mira: ¿quieres mas?

AMELIA. (*alegre.*)

Tantas monedas de oro? ¿De donde te ha venido esa fortuna?

JORGE. (*despues de algun silencio.*)

Las encontré.

AMELIA. (*asustada.*)

¡Las encontraste!... ¡Ay! ¡Dios nos favorezca!

JORGE.

Con la mitad de esta suma tendrémos sobrado para llegar á una ciudad opulenta, y con la otra mitad... la fortuna no siempre es contraria... sus reveses no son perpetuos. Lo que yo quiero es llegar á parage en que circule el oro, donde corra el dinero en abundancia,... verás que pronto recobro lo perdido, y vuelvo á nadar en las riquezas.

AMELIA.

Como? otra vez piensas volver á jugar!

JORGE.

Silencio! que alguien se acerca: esconde ese canasto; no digas que tengo dinero.

(*Amelia asombrada va á recoger lo que hay sobre la mesa; pero en el punto mismo se presenta á la entrada Várner, cubierto de andrajos y con su zurron al hombro y su palo en la mano.*)

## ESCENA X.

*Los dichos, Várner.*

VÁRNER.

Señores, tengan caridad de este pobre mendigo por el amor de Dios! (*Entra poco à poco en la choza alargando la mano.*)

AMELIA.

Es un pobre.

ANITA.

Papá, qué derrotado está! le darémos algo de las sobras de la comida.

JORGE.

Despedid á ese miserable: no dejeis entrar á nadie aqui; echadle fuera.

AMELIA.

Tengamos compasion de él, por lo mismo que sabemos lo que es la miseria. Tal vez no merecerá verse en tal estado.

ANITA.

Déjame darle un pedazo de pan. ¡Es tan mala cosa tener hambre!

JORGE. (*enternecido; pero dejándose dominar despues del miedo contesta con aspereza.*)

Ya he dicho que no quiero. (*Anita se queda parada y mustia al lado de su madre.*)

VÁRNER.

No sea V. tan duro de entrañas, señor; y no quite la voluntad á estas buenas señoras, cuya compasion premiará... (*Mira con atencion y conoce á Jorge y á Amelia.*) Pero ¿qué veo? Él es.

JORGE y AMELIA. (*conociéndole.*)

Várner!

VÁRNER.

Jorge! (*Jorge buscando con que acometerle y tomando por fin el hacha de partir leña.*)

JORGE.

Malvado! Sin doda el infierno te ha traido aqui para que yo sacie mi venganza. Muere á mis manos.

(*Al ir á darle con el hacha, Várner enarbola su garrote: Amelia y Anita se arrojan á contener á Jorge.*)

AMELIA y ANITA.

Detente! — Detente, papá!

(*Las dos le contienen, y él se para con el hacha levantada.*)

AMELIA.

Por Dios, Jorge mio, no vea yo derramar

mas sangre. Bien sabes ya las desdichas que trae consigo semejante atentado. Mira á ese infeliz, objeto de la cólera del cielo, lo mismo que nosotros: estas son las consecuencias de un asesinato.

JORGE. (*con horror.*)

¡De un asesinato! (*Deja caer el hacha y se vuelve horrorizado: Anita la recoge y esconde.*)

VÁRNER. (*con sosiego.*)

Siempre atropellado y violento!... Si tu muger no fuese mas prudente que tú, Dios sabe lo que hubiera sido... Y al cabo ¿qué provecho sacarias de verme tendido en ese suelo, y con la cabeza en dos pedazos?... Confieso que me porté muy mal contigo. (*Amelia le hace señas de que calle.*) Pero ya debes saber la verdad, y hay pocas cosas que no borre el tiempo. Por otra parte, como acaba de decir esta señora, la fortuna ha tomado tu venganza por su cuenta, y al cabo de quince años de trabajos nos reune á entrambos en la última infelicidad. Si hicieras lo que debes, seguirias mi ejemplo, olvidando lo pasado; darias la mano á tu antiguo compañero, y los dos pensariamos en los medios de conjurar nuestra mala estrella.

JORGE.

(*Sentado junto á su muger, y teniendo á su hija en la rodilla, é inclinando de cuando en cuando la cabeza sobre ella, como para no escuchar á Várner.*)

No: ya no mas amistad entre los dos! Tú

fuiste el que me precipitó en el abismo, incitándome á cometer un homicidio horroroso.

VÁRNER.

Estabas tan irritado y ciego, que era preciso que tu cólera se estrellase contra el primero que se ofreciese á tus ojos, y ya ves cuan natural era que procurase yo salvar mi vida. Por lo demas harta parte me cupo en el castigo de tu crímen. Acusado y preso lo mismo que tú, escapamos por dicha nuestra cada uno por su parte. Te encuentro pobre; y yo despues de correr medio mundo, probando fortuna y cada vez mas miserable, vengo de Ratisbona, dirigiéndome á Munich tan lucido como me ves, cuando la lluvia, el cansancio y el hambre, y sobre todo la proximidad de la noche me obligaron á entrar en el único albergue que se encuentra en este camino solitario. ¡Cuán lejos estaba yo de imaginar hallarme con antiguos amigos!

AMELIA.

¡Amigos! ¿Y puede V. envilecer hasta ese estremo tan sagrado nombre?

VÁRNER.

Perdone V., señora, y déjese de moralidades, que en mi situacion no son del caso. Baste decir á V. que estoy muerto de hambre y de frio, y solo pido hospitalidad por esta sola noche. Si Jorge insiste en su ojeriza, mañana asi que amanezca tomaré mi palo y mi zurron y seguiré mi camino.

AMELIA. (*á su marido.*)

Jorge!...

JORGE.

Haz lo que gustares.

AMELIA. (*teniendo á Anita de la mano.*)

Quédese V. en buen hora, que no quiero que se diga de mí que cerré mi puerta al desvalido. Este albergue no es ya nuestro. Mañana tendrémos que dejarle, y no espero que mi esposo me imponga la insoportable obligacion de ir en semejante compañía.—Ana, ven conmigo.

(*Se entran en lo mas hondo de la cabaña.*)

## ESCENA XI.

*Várner, Jorge, y despues Anita.*

VÁRNER. (*quitándose el zurron y dejando el palo.*)

En hora buena! Lo que es tertulia no me hace gran falta, pero ya que condesciendes en darme hospedage, no me negarás los restos de tu comida. (*se sienta á la mesa y Jorge se queda siempre cabizbajo al otro estremo de la choza.*) Cáspita, amigo! Segun se ve no estás tan pobre como pareces. (*bebe.*) ¡Qué buen vino! Es cuando necesitaba para corroborarme! Pero ¿qué haces ahí? Vamos, Jorge, ven acá y beberémos un trago. ¿Qué, lo reusas? ¿Estás acaso pensando todavía en vengarte de mí? (*Toma el garrote y lo pone junto á sí.*)

JORGE. (*melancólico.*)

No: una sola palabra, que tu no has podido comprender, ha desarmado mi brazo. Ni trato

de vengarme de tí, ni tal vez tengo derecho á intentarlo. Pero Amelia, despues de los ultrajes que la hiciste, tiene sobrada razon de aborrecerte y despreciarte.

VÁRNER. (*comiendo y bebiendo.*)

No digo que le falte razon... pero en realidad lo siento, y principalmente por tí.

JORGE.

¿Por mí?

VÁRNER.

Digo... Si es que no cuentas con otros recursos. Por lo que á mí toca, con un poco de ánimo y de paciencia... en suma... con que se presente una ocasion de estas que se ofrecen á cada paso, doy por hecha mi fortuna.

JORGE. (*con atencion.*)

¿Por qué medios?

VÁRNER.

Tengo acá cierto secreto que he llegado á descubrir...

JORGE.

¿Cierto secreto?

VÁRNER. (*poniéndose en pie.*)

Hombre, te confieso que estaba muy distante de pensar en tí cuando llegué á esta tierra; pero habiéndote encontrado en situacion tan deplorable, nuestra antigua amistad, los recuerdos de la juventud y el sentimiento de haber contribuido á tu ruina, tal vez me inclinarian á comunicártele, y enmendar de este modo el mal que haya podido hacerte.

JORGE.

¿Que diablos quieres decir?... Al ver tu equipage ¿quien se persuadirá.....

VÁRNER.

Tienes razon. Bien conozco que mi vestido desmiente mis palabras, y aun sin eso estoy cierto de que no me creerias; con que no hablemos mas del asunto. El tiempo te desengañará, amigo mio.

JORGE. (*con impaciencia.*)

¿De que me ha de desengañar? Acabemos.

VÁRNER.

Sábete... y no te figures que es ilusion ni alucinamiento, no, que he llegado á descubrir el secreto de ganar constantemente. (*Jorge se acerca á él con ansia.*) Estoy seguro de dar en tierra con todas las bancas de Italia, y ya me tienes de camino para el Piamonte.

JORGE.

¿De veras has hecho algun descubrimiento que...

VÁRNER.

Cuando te digo que sí... es un secreto que por un millon no lo daria!

JORGE. (*mirándole con desconfianza, pero sin enojo.*)

¿Y estabas inclinado á participármelo?...

VÁRNER.

Te aseguro que sí, pero ya es inútil, puesto que reusas que hagamos las paces.

JORGE. (*ofreciéndole tabaco.*)

Nadie es dueño del primer movimiento; mas aquello ya se pasó.

VÁRNER.

Ya lo veo; pero el odio de tu muger...

JORGE.

Mi muger hará lo que yo la mande.

VÁRNER.

Eso sí; pero... no;... hay otro mayor obstáculo que deja sin efecto cuanto yo pudiera descubrirte. En una palabra, son menester algunos fondos, y ni tú ni yo los tenemos.

JORGE.

¿Quién sabe?

VÁRNER.

Eh?

JORGE. (*sacando un puñado de monedas.*)

¿Qué te parece?

VÁRNER. (*con ansia.*)

Cómo? tienes oro? Pues, amigo, es menester que nos asociemos... A ver... ¿Ese es todo el dinero que tienes?

JORGE.

Qué? No habrá bastante?

VÁRNER.

No, amigo: se necesita mas.

JORGE.

¡Que desgracia!

VÁRNER.

Si tú pudieras... ¿De que modo adquiriste esa cantidad?

JORGE. (*horrorizado.*)

De que modo!... Eso no te lo puedo decir.

(*guarda el dinero.*) Pero quédate aqui conmigo, y..... (*Empieza á anochecer, y por las ventanas se ve pasar á Alberto por uno de los caminos del monte.*) Suena ruido?

VÁRNER. (*mirando.*)

No: son tu muger y tu hija que entran en ese cuarto. ¿Qué es lo que ibas á decir?

(*Desaparece Alberto.*)

JORGE.

Que en pagando ciertos atrasos, puedo estar aqui algunos dias mas: quédate conmigo y.....

VÁRNER.

No, no. Ese plan no me gusta. Quedarme contigo, sí; pero en esta choza de ningun modo. Hasta mañana, y eso por ser cási de noche y hacer un tiempo tan perverso; que sino, ahora mismo estuviera andando.

JORGE.

Y porqué? Esta choza es miserable, no hay duda; pero yo he vivido dos años en ella, y no sé que no puedas tú.....

VÁRNER.

No es por eso: tengo otro motivo mas poderoso... Soy estrangero, sin pasaporte, mendigo, y del número de aquellos que llaman vagos, y á los cuales por la mas leve cosa se les da un mal rato: ¿no es verdad? Pues sabe (*mas secretamente*) que á poca distancia de aqui, viniendo yo hácia esta parte, despues que dejé el camino real y tomé por el atajo, vi al paso detras de la peña grande un monton de guijarros y

tierra recien movida. Levanté por curiosidad unos cuantos con el garrote, y debajo de ellos descubrí.....

JORGE. (*asiéndole del brazo.*)

Silencio!

VÁRNER.

Pues qué? ¿Sabes tú.....

JORGE.

Lo descubriste?

VÁRNER.

Sí.

JORGE. (*aterrado.*)

Ven: ya pronto va á oscurecer y el cielo está nublado; ven á ayudarme á esconderle.

VÁRNER (*dando un paso atrás y asombrado.*)

¿Has sido tú?

JORGE.

No: yo no! La miseria, la desesperacion... Ven y le ocultarémos.

(*Várner toma su zurron y su palo, y al ir á salir los dos llega Anita.*)

ANITA.

Papá: ¿quiere V. que traiga una luz?

JORGE.

No es menester, que vamos á salir. Si tu madre pregunta por nosotros, dí que nos hemos ido... á la ermita. (*Anita se queda suspensa: Jorge y Várner se van.*)

## ESCENA XII.

*Mientras Jorge y Várner se van precipitadamente, y Anita va hasta la puerta y se retira como medrosa, se descubre Alberto, que vuelve hácia atrás parándose á examinar el terreno con curiosidad.)*

ANITA.

Solita me han dejado, y vuelve á empezar la tormenta. Voy á llamar á mamá.

(*Alberto aparece á la entrada mirando á todas partes, Anita le ve y va hácia él.*)

¡Ay! un forastero!

ALBERTO.

No se asuste V., amiguita; y permítame que entre á informarme del parage en que me hallo.

ANITA.

Entre V., y diga en que podemos servirle?

ALBERTO.

Buen Dios! Si será aqui?... Digame V., hermosa niña: ¿es este el camino del monte rojo?

ANITA.

Sí, señor.

ALBERTO.

Y ¿es esta por ventura la choza de Jorge?

ANITA.

Ciertamente; como que en todo el monte no ay otra.

*Alberto se quita su capa, y manifiesta en sus ademanes afliccion y respeto: se sienta en una silla.*

ALBERTO.

¡Con que esta es!... qué espantosa miseria! Hija mia (*la toma de la mano.*) ¿donde está el amo de casa?

ANITA.

Ahora mismo acaba de salir.

ALBERTO.

¿Y mi... Y su muger?

ANITA.

Mi madre está alli dentro. (*señalando el otro cuarto.*)

ALBERTO.

Tu madre?....

ANITA.

Sí, señor: yo soy Anita, la hija de Jorge.

ALBERTO.

Cielos! (*pone á Anita sobre sus rodillas y la besa: á este tiempo se oye la voz de Amelia llamando á su hija.*)

ANITA.

La oye V.? Esa es mamá, que me llama.

ALBERTO. (*levantándose.*)

Ah! mi madre! (*Anita se va corriendo.*) Pero no debo descubrirme de repente. ¡Cuánto habrá padecido la infeliz! Es preciso prepararla poco á poco, pues una dicha tan inesperada pudiera serle funesta. Dios mio! ya la veo.

## ESCENA XIII.

*Alberto, Amelia, Anita.*

AMELIA. (*deteniendo á su hija.*)

Un forastero?... y donde ha ido tu padre?

ANITA.

Se fue con aquel pobre á la ermita.

AMELIA.

A la ermita?... Entrate ahí, pero no te alejes.

(*Anita toma su rollo y se entra en el cuarto.*)

ALBERTO. (*aparte.*)

Ya estamos solos. No sé si podré resistir los impulsos de mi cariño.

AMELIA.

Estoy maravillada, señor forastero, de que un sugeto como V. se haya dignado detenerse en mi pobre choza, y mucho mas de que tenga algo que tratar conmigo.

ALBERTO.

Aqui me trae, señora, un motivo muy poderoso... pero V. seguramente no recordará mis facciones.

AMELIA.

Pues qué? nos hemos visto en otra ocasion?

ALBERTO.

Sí, señora: muy lejos de aqui, y en tiempo que era V. mas venturosa.

AMELIA.

Nunca lo he sido.

ALBERTO.

Nunca! (*va á tomar la mano de Amelia, y ella la retira como con miedo.*) Cuando estaba V. en Francia...

AMELIA.

En Francia! Sí: es verdad: entonces era fe-

liz, porque tenia el gusto de ver á mi hijo. (*Empieza á reconocer á Alberto con alguna turbacion.*) Pero cómo es posible?... hace ya tanto tiempo... V. está agitado... Viene V. de Francia?

ALBERTO.

Sí.

AMELIA.

Buen Dios! De mi pais!

ALBERTO.

Y traigo á V. noticias de alguna persona...

AMELIA.

De quien? De mi hijo?... Vive?... Le ha visto V?... Pero... aguarde V... Cielos!... La edad... ese llanto... ¡Ah! ¡Dios mio! Sáqueme V. por caridad de esta zozobra.

ALBERTO.

¡Ah! señora! Mi intencion era preparar el corazon de V., pero ya no me es posible resistir los impulsos del mio. Aquel hijo por quien V. derrama esas lágrimas, el que la quiere con la mayor ternura... ¡Madre!

AMELIA.

Ah!... (*se arroja en sus brazos.*) Él es: no hay duda! (*le besa con los mayores estremos.*) Hijo mio!... Alberto!... Ay! Dios piadoso! Ya que me habeis dado esfuerzo para tanto padecer, no consintais que me mate la alegría.

ALBERTO.

Madre!... Madre del alma! Ya cesaron las penas: vengo á traer á V. la abundancia y la felicidad.

AMELIA.

Ay! Ya nada me falta: tengo á mi hijo; ya soy rica y feliz: pero ¿no volverás á separarte de mi lado?

ALBERTO.

No; jamas.

AMELIA.

Qué gozo!... Y ¿de que medios te has valido para saber de nosotros? ¿Quien te ha encaminado á esta barraca?

ALBERTO.

¡O madre mia! ¡Eso seria tàn largo de contar, y mi júbilo es tan grande!... V. me dejó en poder de mi tio, que me crió y educó como á hijo suyo, dejándome todo su caudal aumentado con una rica herencia que le cupo algunos años antes de morir. Todo es mio ya: todo es de mi amada madre.

AMELIA.

Como? Tu tio ha muerto?... Nos otorgó su perdon?

ALBERTO.

¡Ah, señora! Siempre tuvo á V. el mas tierno cariño, y nunca dejó de hacer diligencias por hallarla, pero todas infructuosas. Asi que me ví dueño de mi persona, con las escasas noticias que habiamos tenido en diferentes tiempos, y dejando arreglados mis negocios, me puse en camino con la resolucion de no volver hasta encontrar á mis padres, y Dios ha guiado mis pasos. Mi hermana fue la primera que salió á recibirme, y luego V. á completar mi ventura.

AMELIA.

Tu hermana!... Tambien la querrás mucho: ¿no es verdad?... pero... voy á llamarla: Anita.

ANITA. (*con el rollo, que pone sobre la mesa.*)

Mamá.

ALBERTO.

No la diga V. nada... quiero antes de todo ganarme su corazon.

AMELIA.

Acércate. (*la deja en los brazos de Alberto.*) Ahora sí que es completa mi felicidad!

ALBERTO.

Sí: y la de todos nosotros. Aqui en esta cartera traigo hasta el valor de un millon en billetes del estado.

AMELIA.

Un millon?

ANITA.

Un millon? Es mucho, mamá?

ALBERTO.

Pero traigo tambien otro tesoro mas precioso... la gracia de mi padre.

AMELIA.

Es cierto? ¿Podremos volver al suelo patrio?

ALBERTO.

Y sin el menor peligro: vea V. cuánto será mi anhelo por ver á mi padre.

AMELIA.

Sí: pronto te verás en sus brazos.

(*Se aparta un poco, parándose á meditar lo que deberá hacer. Entre tanto Alberto se acerca*

*á su hermana y le da un puñado de monedas de oro, dándole á entender que son para su madre: Anita las pone sobre la mesa.)*

¿Qué iba yo á hacer?... Llevarle á la ermita donde está el infame Várner, para que viéndonos felices no haya quien le aparte de nuestro lado?... No: eso no! Mejor es que no conozca á mi hijo, ni sepa nada de cuanto ocurre. Lo que importa es prevenir á mi marido, y echar á Várner de aqui... Pero la noche se acerca... la tempestad... No importa... nada me detiene... Tampoco mi hijo debe saber... Alberto. (*viene hácia ella.*) Tus deseos van á quedar satisfechos: muy pronto te verás en los brazos de tu padre. Espéranos aqui.

ALBERTO.

Se va V.? Yo la haré compañía.

AMELIA.

No: importa que vaya sola: pronto vuelvo.

ALBERTO.

Pero, señora.....

AMELIA.

Tengo para ello motivos que no alcanzas, y en hacerlo asi puede consistir nuestra ventura. Haz lo que te ruego.

ALBERTO.

En tal caso solo me toca obedecer.

AMELIA.

Y tú, hija mia, cuidado con ser puntual y obediente á las órdenes del señor! Dentro de poco estoy de vuelta. (*vase.*)

## ESCENA XIV.

*Alberto y Anita.*

ALAERTO.

Hija mia, ¿podrás entretanto proporcionarme recado de escribir?

ANITA.

Sí, señor; y tambien una luz, porque ya está oscuro. (*vase corriendo.*)

ALBERTO.

Escribiré dos letras á la posada del Leon de oro para que traigan mi equipage, que no faltará algun pasagero que lleve la carta. Tambien será bueno ir arreglando los papeles que aseguran la futura tranquilidad de mi padre. (*saca unos papeles del bolsillo.*) Estos son.

ANITA. (*volviendo presurosa con recado de escribir y una luz.*)

Aqui está ya todo; pero mejor estará V. en mi cuarto que no hace tanto frio, y los relámpagos penetran menos.

ALBERTO.

Y tú?

ANITA.

Alli me estaré junto á V. haciendo labor.

ALBERTO. (*tomando la luz, el tintero y su cartera.*)

Sí: tú siempre estarás en mi compañía. (*éntrase en el cuarto.*) (*truenos.*)

ANITA.

Voy por mi labor. ¡Qué oscuro está, y como

truena! Qué miedo tendría si estuviese sola!... Voy corriendo. (*Toma el rollo y va á seguir á Alberto, pero un gran trueno la asusta y la hace dar un paso atrás. En esto Jorge y Várner entran por la puerta: Anita vuelve á dejar la labor sobre una silla, y se adelanta hácia su padre.*

## ESCENA XV.

*Jorge, Várner, Anita.*

ANITA.

¡Ay! qué es papá!

(*Jorge y Várner entran precipitadamente. Anita le coge la mano á su padre y le lleva hácia el cuarto en que está Alberto. Várner va á dejar su morral y su palo sobre la mesa.*)

VÁRNER. (*viendo en la mesa la capa y el sombrero de Alberto.*)

¿Qué ropa es esta?

ANITA. (*á su padre.*)

No hagas ruido.

JORGE.

Porqué?

ANITA.

Por no incomodar al viagero que ha llegado.

JORGE.

A qué viagero?

ANITA.

Uno que está allá dentro escribiendo. ¿No le ves?

JORGE. (*mirando.*)

Un militar!... ¿Y con qué licencia...

VÁRNER. (*tomando la mano á Jorge y llevándole hácia la mesa.*) (*siguen los truenos.*) Cht... mira.

JORGE.

¿Qué es eso?

VÁRNER. (*á Anita.*)

Es suyo este dinero?

ANITA.

No, que es mio: él me le ha dado.

(*Várner va presuroso á la puerta del cuarto á echar una ojeada.*)

JORGE. (*á Anita.*)

A ver... todo eso te ha dado?... Será hombre muy rico?

ANITA.

Oh! muy rico! como que trae.... yo te diré... un millon.

JORGE y VÁRNER.

Un millon!...

ANITA.

Le dijo á mamá que traia un millon en una cartera muy grande, y es verdad porque mamá lo vió y yo tambien... Mira: ¿ves aquella cartera que tiene alli junto al brazo izquierdo?

VÁRNER. (*mirando.*)

Sí.

ANITA.

Pues aquella es.

JORGE.

Y ¿de donde viene ese viagero tan rico?

ANITA.

Yo no sé.

JORGE.

¿Quién le recibió?

ANITA.

Mamá.

JORGE.

¿Y donde está?

ANITA.

Salió á buscarte á la ermita.

JORGE.

Sola?...

VÁRNER. (*agarrándole del brazo.*)

Llegó el caso.

(*Jorge se queda inmóvil con los ojos fijos en la mesa: Anita quiere tomar el rollo y entrar en el cuarto, pero Várner la detiene,*)

VÁRNER.

Deja los encajes, y sal ahí á la orilla del camino á ver si viene tu mamá. Ponte debajo de aquella peña, y así que descubras á tu madre, avísanos.

ANITA.

¿No es mejor que vaya V. á buscarla?

VÁRNER.

No: vendrá el ermitaño con ella.

ANITA.

Pero.....

VÁRNER.

Vamos, no seas pesada. Tu padre lo manda, y cuidado con que vuelvas hasta que llegue tu

madre. (*la lleva de la mano hasta la puerta enseñándola desde alli el sitio en que ha de estar. Al volver cierra con gran cuidado la puerta del cuarto. Jorge se mantiene en la misma postura.*)

VÁRNER.

Jorge, ¿qué veniamos diciendo ahora mismo al tiempo de subir del barranco? No nos separemos, y en presentándose una ocasion, sepamos aprovecharla. En juntando una cantidad competente, vámonos á Italia á poner en ejecucion el nuevo plan que te he confiado, y dentro de poco volverémos mas ricos que unos príncipes. La ocasion se nos presenta á pedir de boca.

JORGE. (*inmóvil é indeciso.*)

La ocasion?

VÁRNER.

Sí: el instante es decisivo.

JORGE.

No te entiendo.

VÁRNER.

Demasiado me entiendes, Jorge. Repara en nuestros andrajos, considera lo que he dicho, y cuenta con un millon seguro.

JORGE. (*con vehemencia.*)

Calla! tú eres un espíritu infernal que vienes á tentar mi desesperacion y mi miseria: ya mi corazon empieza á palpitar al eco de tus voces: con tus palabras penetra ya en mi pecho el fuego del abismo. Vete.

VÁRNER.

Óyeme, Jorge.

JORGE. (*como enagenado.*)

No : vete, vuelvo á decir! Tú eres mi condenacion. ¿No son bastantes tres asesinatos? ¿No estás viendo el cadáver lívido que acabamos de enterrar? ¿No escuchas el último gemido de mi padre? ¿Qué mas quieres, hombre infernal? ¿No he colmado ya la medida? ¿No estoy ya sumergido en las tinieblas eternas?

(*Cae y se queda sentado junto á la mesa, y como sin conocimiento. La lluvia, los truenos y el viento arrecian mas y mas.*)

VÁRNER.

Vuelve en tí, miserable. ¿Qué delirio es ese? Jorge? (*le tira de un brazo.*)

JORGE. (*con desesperacion.*)

Ah!... Donde está mi muger?

VÁRNER.

Lejos de aqui.

JORGE.

¿Y mi hija?

VÁRNER.

Salió á esperar á su madre.

JORGE.

Y mi Alberto?

VÁRNER.

Si hace quince años que no le ves!... Jorge, uelve en tu acuerdo, recobra el sentido.

JORGE. (*con espresion terrible.*)

Sí : quieres que asesine al estrangero que está n ese cuarto : ya lo sé.

VÁRNER.

Es de noche... está solo... Un millon... ¿Quien

podrá saber que se detuvo aqui ese jóven?

JORGE.

Amelia le dió hospedage.

VÁRNER.

Dila que le mandaste marchar.

JORGE.

Quedarán señales. (*Da un gran trueno.*)

VÁRNER.

Aguarda... Ya ves como arrecia la tempestad. Si cayese un rayo en la barraca, si toda quedase reducida á cenizas ¿se nos podria imputar á nosotros?

JORGE.

¡Que nuevo proyecto.....

VÁRNER.

Escelente. Esas tablas se están cayendo á pedazos: si les pegamos fuego, la violencia del viento las inflamará con la viveza del relámpago. Lo ves?... á cien pasos de aqui ha caido un rayo. Dame ese cuchillo y toma una tea.

JORGE.

Es imposible... Estoy helado, inmóvil.

VÁRNER.

¿Qué es lo que temes, cobarde? ¿Es acaso mas terrible que el otro pasagero?

JORGE.

Lo que te digo es que siento en mi corazon el hielo de la muerte.

VÁRNER.

Pues bien: no te muevas de aqui, ni permitas que se acerque tu hija; y si oyes que te lla-

mo, acude en mi socorro. (*toma un cuchillo de la mesa.*) ¿Vendrás?

JORGE.

Iré.

VÁRNER. (*señalando á la puerta.*)

Ten cuidado: (*gran trueno.*) ¡otro rayo!... Vamos allá. (*Entra en el cuarto; al mismo tiempo da un trueno terrible, y se ven caer rayos en el monte y en la barraca; los relámpagos, la lluvia, y el viento se aumentan en términos que parece el cielo se viene abajo.*)

ANITA. (*entra corriendo atemorizada.*)

¡Ay, papá! ¡Tantos truenos! Yo tengo mucho miedo, y no puedo estar alli.

JORGE. (*estrechando á Anita contra su pecho.*)

Aguarda, Várner, detente?

## ESCENA XVI Y ÚLTIMA.

*Jorge, Várner, Amelia, Alberto, Anita, Un Oficial, Soldados y Aldeanos.*

(*Várner saliendo del cuarto, tira la cartera á los pies de Jorge y cierra la puerta. Se ven llamas que iluminan lo interior del cuarto. En este momento llega Amelia corriendo con la mayor agitacion, y tras ella muchos aldeanos que atraviesan el monte.*

AMELIA. (*corriendo hácia Jorge.*)

Jorge; cerca de aqui se ha descubierto un

hombre asesinado... y vienen á prenderte: llama á tu hijo.

JORGE.

A mi hijo?

AMELIA.

Sí; á Alberto: ahí dentro está.

JORGE.

Mi hijo!!!

(*El incendio se manifiesta dentro del cuarto en toda su fuerza. Jorge desquicia la puerta y se arroja entre las llamas. Amelia quiere precipitarse tras él; pero los aldeanos se interponen y la separan hácia el estremo opuesto. Jorge vuelve saliendo del fuego con su hijo en los brazos al parecer herido aunque ligeramente, y le entrega en los de Amelia.*

JORGE. (*fuera de sí.*)

Toma: ahí tienes á tu hijo... pero mi hora llegó ya. Yo soy.....

ALBERTO.

Padre!... Ya respiro... Madre querida; el humo tenia embargados mis sentidos: la vida se la debo á mi padre.

(*Várner que ha estado observando por donde huir, agarra á Jorge de un brazo para sacarle de alli.*)

VÁRNER.

Ven; huyamos... sino somos perdidos.

JORGE.

Aguarda un poco, que voy á dar un abrazo á mi hijo. (*estrecha en sus brasos á Alberto.*) A

Dios, hijo mio! Cuida de tu madre. A Dios! (*agarrándose fuertemente con Várner, que se queda aterrado.*) Ahora ven conmigo... Ya no volverás á separarte de mí... Te lo juro por todo el infierno.

(*Le arrastra por fuerza hácia el sitio incendiado: Várner da gritos espantosos: los soldados se arrojan tras ellos á impedirlo: al mismo tiempo la parte que está ardiendo cae sobre Jorge y Várner, que parecen sumidos entre las llamas. En fin los soldados, metiéndose en el fuego, se apoderan de los dos en medio de los escombros; y mientras unos sujetan á Várner, cae Jorge en el suelo, y su muger y sus hijos le rodean arrodillados.*)

JORGE.

¡Ah infelices!... Yo he causado vuestros infor-
nios... No me lloreis... Merezco el terrible
stigo que me espera...

Detesta el juego, hijo mio... ya estás viendo
s crímenes y los horrores que ocasiona... per-
name, querida Amelia... voy á morir... El
lo premie tu virtud... y conceda á tus ruegos
perdon de tu culpable esposo.

*CAE EL TELON.*

ERRATA:

Pág. 4 lín. 4, donde dice *Jorge*: debe decir *juego*